

OFRENDA

A LA **MEMORIA** DE
EMILIANO ZAPATA



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

OFRENDA

**A LA MEMORIA DE
EMILIANO ZAPATA**



**CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

O F R E N D A

**A LA MEMORIA DE
EMILIANO ZAPATA**

MÉXICO 2019

Ediciones impresas:

Primera edición, *s/e*, 1938.

Segunda edición (facsimilar) H. Cámara de Diputados LXIII Legislatura, 2018.

Edición en formato electrónico:

Primera edición INEHRM, 2019.

Portada: Arreglos florales en la hacienda de Chinameca donde fue asesinado Zapata, *ca.* 1950. © (63588) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

REPRODUCCIÓN AUTORIZADA POR EL INAH.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)

Francisco I. Madero 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-078-6.

HECHO EN MÉXICO.

Índice

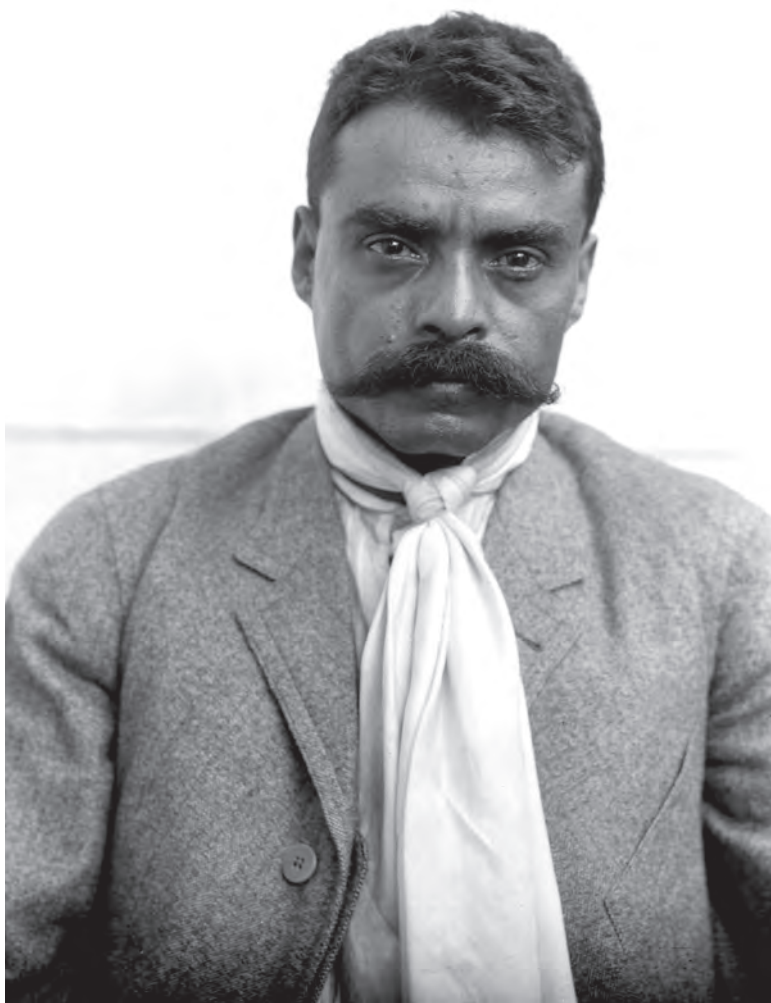
| | |
|--|----|
| Ofrenda | 11 |
| Parte oficial de la muerte del general Emiliano Zapata | |
| <i>Mayor Salvador Reyes Avilés</i> | 15 |
| Perfil del Reformador | |
| <i>General de división Gildardo Magaña</i> | 23 |
| Zapata y su concepto sobre la lealtad | |
| <i>Doctor José G. Parres</i> | 29 |
| Interpretación de Emiliano Zapata | |
| <i>Licenciado Enrique González Aparicio</i> | 43 |
| Continuación de la lucha | |
| <i>General de división Fortino Ayaquica</i> | 51 |
| Emiliano Zapata | |
| <i>Rafael Ramos Pedrueza</i> | 55 |
| Zapata | |
| <i>Luciano Kubli</i> | 65 |
| Emiliano Zapata, su sentido | |
| <i>Baltasar Dromundo</i> | 69 |

| | |
|---|-----|
| Emiliano Zapata | |
| <i>General e ingeniero Ángel Barrios</i> | 77 |
| Zapata muerto para el mundo físico, vive en nuestras almas | |
| <i>Licenciado Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger</i> | 81 |
| La sangre del mártir | |
| <i>Licenciado Román Badillo</i> | 87 |
| La ecuanimidad de Zapata | |
| <i>General de brigada Encarnación Vega Gil</i> | 95 |
| La muerte como principio de la inmortalidad | |
| <i>Licenciado Ramiro Mendoza L. Schwerdtfeger</i> | 99 |
| <i>In memoriam</i> | |
| <i>Coronel Carlos Reyes Avilés</i> | 103 |
| Apóstol y caudillo | |
| <i>Vicente de P. Cano</i> | 107 |
| Tierra y libertad | |
| <i>Justino N. Palomares</i> | 113 |
| <i>Ecce Homo Emiliano Zapata</i> | |
| <i>Coronel Juan Torices Mercado</i> | 119 |
| Inmortal | |
| <i>Reynaldo Lecona</i> | 129 |
| Emiliano Zapata, apóstol | |
| <i>General Melchor González</i> | 133 |
| Emiliano Zapata | |
| <i>Diputado Miguel Hidalgo Salazar</i> | 139 |
| El apóstol de nuestras libertades | |
| <i>Hermilo González</i> | 145 |



| | |
|---|-----|
| Unidad que se está realizando | |
| <i>Rafael Sánchez Escobar</i> | 151 |
| Emiliano Zapata es un símbolo | |
| <i>Porfirio Palacios</i> | 157 |
| Cómo vivían los “Bandidos zapatistas” | |
| <i>Profesor Carlos Pérez Guerrero</i> | 163 |
| Cartones zapatistas | |
| <i>Coronel Carlos Reyes Avilés</i> | 173 |
| Zapata, forjador del ideario de la Revolución de México | |
| <i>Licenciado Luis G. Zumaya Jr.</i> | 181 |





El general Emiliano Zapata, *ca.* 1914
© (292530) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO

Zapata no ha muerto, vive en el corazón de los desheredados, en el pueblo humilde, en el campesino; su ideal perdura, sus sueños se realizan porque el señor presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, los está llevando a la práctica y los que luchamos a su lado nos sentimos satisfechos.

GENERAL BENIGNO ABÚNDEZ¹

¹ N. de E.: En la edición original este texto aparece en la página 93.

Ofrenda



Un grupo de supervivientes del zapatismo invitamos a los intelectuales de izquierda cuyos nombres calzan los principales artículos en este fascículo incluidos, para formar acervo de pensamientos, opiniones y juicios acerca del general Zapata que ofrendamos a su memoria en el XIX aniversario de su muerte.

10 de abril de 1938



Parte oficial de la muerte del general Emiliano Zapata

Mayor Salvador Reyes Avilés



A penas llegado a Sauces la tarde del 10 de abril de 1919, el mayor Salvador Reyes Avilés, secretario particular del general Zapata que acababa de escapar de la “acción de Chinameca”, se apresuró a enviar al señor general Gildardo Magaña, jefe del cuartel general, un parte oficial del asesinato del general en jefe, concebido en los siguientes términos:

Al margen: Ejército Libertador. Secretario Particular del ciudadano general en jefe.— Al centro: Al C. General Gildardo Magaña.— Cuartel General.— Tengo la profunda pena de poner en el superior conocimiento de usted que hoy, como a la una y media de la tarde, fue asesinado el C. general en jefe Emiliano Zapata, por tropas del llamado coronel Jesús M. Guajardo, quien con toda premeditación, alevosía y ventaja, consumó la cobarde acción en San Juan Chinameca.— Para que usted quede debidamente enterado del trágico suceso voy a relatar los siguientes detalles: Tal como se le comunicó a usted oportunamente, en virtud de haber llegado hasta nosotros informes sobre la existencia de hondos disgustos entre Pablo González y Jesús Guajardo, el C. General Zapata se dirigió a este último invitándolo a que se uniera al movimiento revolucionario. A esta carta contestó Guajardo manifestando estar dispuesto a colaborar al lado del jefe “siempre que se le dieran garantías suficientes a él y a sus soldados”. Con los mismos correos que pusieron esa carta en manos del jefe, éste contestó a Guajardo ofreciéndole toda clase de seguridades y

felicitándolo por su actitud, “ya que lo juzgaba hombre de palabra y caballero y tenía confianza en que cumpliría al pie de la letra sus ofrecimientos”. Las negociaciones siguieron todavía en esa forma, es decir, llevadas por correspondencia y de toda la documentación adjunto a usted copias debidamente autorizadas. El día dos del actual el ciudadano general en jefe dispuso que, para arreglar definitivamente el asunto pasara al cuartel de Guajardo, en San Juan Chinameca, el C. Coronel Feliciano Palacios, quien permaneció al lado de Guajardo hasta ayer, a las cuatro de la mañana, hora en que se nos incorporó y misma a la que, según nos dijo, marchaba Guajardo rumbo a Jonacatepec.

Aquí debo hacer mención de un hecho que hizo que el ciudadano general en jefe acabara de tener confianza en la “sinceridad” de Guajardo. Las versiones que circulaban en público asegurando que Guajardo estaba en tratos para rendirse al ciudadano general Zapata, se acentuaron a tal grado, que varios vecinos de algunos pueblos que en esos días visitamos, pidieron al ciudadano general en jefe, que fueran castigados los responsables de saqueos, violaciones, asesinatos y robos cometidos en dichos pueblos por gente de Victoriano Bárcenas, a la sazón bajo las órdenes de Guajardo. En vista de esta justa petición, el ciudadano general Zapata se dirigió a Guajardo, por conducto de Palacios, pidiéndole hiciera la debida averiguación y procediera al castigo de los culpables. Guajardo, entonces, separó de entre los soldados de Bárcenas, a cincuenta y nueve hombres que eran al mando del “general” Margarito Ocampo y del “coronel” Guillermo López, todos los cuales fueron pasados por las armas, por órdenes expresas de Guajardo, en un lugar llamado “Mancornadero”. Esto sucedió ayer. Guajardo se encontraba en Jonacatepec, plaza que dijo había capturado al enemigo. Al saberlo, nosotros nos dirigimos a Estación Pastor, y de allí, Palacios por orden del jefe, escribió a Guajardo diciéndole que nos veríamos en Tepalcingo,



lugar a donde iría el general Zapata con treinta hombres solamente, y recomendándole él hiciera otro tanto. El jefe mandó retirar su gente y con treinta hombres marchamos a Tepalcingo, donde esperamos a Guajardo. Éste se presentó como a las cuatro de la tarde, pero no con treinta soldados, sino con seiscientos hombres de caballería y una ametralladora. Al llegar a Tepalcingo la columna, salimos a encontrarla. Allí nos vimos por primera vez con el que al día siguiente, habría de ser el asesino de nuestro general en jefe, quien, con toda nobleza de alma, lo recibió con los brazos abiertos: “Mi coronel Guajardo, lo felicito a usted sinceramente”, le dijo sonriendo. A las 10 p. m., salimos de Tepalcingo rumbo a Chinameca, a donde llegó Guajardo con su columna, mientras que nosotros pernoctamos en “Agua de los Patos”. Cerca de las ocho de la mañana bajamos a Chinameca. Ya allí, el jefe ordenó que su gente (ciento cincuenta hombres que se nos habían incorporado en Tepalcingo), formara en la plaza del lugar; mientras él, Guajardo, los generales Castrejón, Canales y Camaño, el coronel Palacios y el suscrito, nos dirigimos al lugar apartado para discutir planes de la futura campaña. Pocos momentos después empezaron a circular rumores de que el enemigo se aproximaba. El jefe ordenó que el coronel José Rodríguez (de su escolta), saliera con la gente a explotar [explorar] rumbo a Santa Rita, cumpliéndose luego con esa orden. Después Guajardo dijo al jefe: “Es conveniente, mi general, que salga usted por ‘La Piedra Encimada’; yo iré por el llano[’]. El jefe aprobó y con treinta hombres salimos al punto indicado. Ya al marchar, Guajardo que había ido a ordenar a su gente, regresó diciendo: “Mi general, usted ordena; ¿salgo con infantería o con caballería?”. “El llano tiene muchos alambrados; salga usted con infantería” replicó el general Zapata, y nos retiramos. En “Piedra Encimada” exploramos el campo y viendo que por ningún lado se notaba movimiento del enemigo, regresamos a Chinameca. Eran las doce y media de la tarde, aproximada-



mente. El jefe había enviado al coronel Palacios a hablar con Guajardo, quien iba a hacer entrega de cinco mil cartuchos y llegando a Chinameca, inmediatamente preguntó por él. Se presentaron entonces el capitán Ignacio Castillo y un sargento y a nombre de Guajardo invitó Castillo al jefe para que pasara al interior de la hacienda, donde Guajardo estaba con Palacios “arreglando la cuestión del parque”. Todavía departimos cerca de media hora con Castillo, y después de reiteradas invitaciones, el jefe accedió: “Vamos a ver al coronel, que vengan nada más diez hombres conmigo”, ordenó. Y montando su caballo —un alazán que le obsequiara Guajardo el día anterior— se dirigió a la puerta de la hacienda. Lo seguimos diez, tal como él ordenara, quedando el resto de la gente, muy confiada, so[m]breándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces llamada de honor y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quema ropa [sic], sin dar tiempo para empuñar ni las pistolas, los soldados que presentaban armas, descargaron dos veces sus fusiles; nuestro general Zapata cayó, para no levantarse jamás. Su fiel asistente, Agustín Cortés, moría al mismo tiempo. Palacios debe haber sido asesinado también, en el interior de la hacienda. La sorpresa fue terrible. Los soldados del traidor Guajardo, parapetados en las alturas, en el llano, en la barranca, en todas partes (cerca de mil hombres), descargaban sus fusiles sobre nosotros. Bien pronto la resistencia fue inútil; de un lado éramos un puñado de hombres consternados por la pérdida del jefe y del otro un millar de enemigos que aprovecharon nuestro natural desconcierto para batirnos encarnizadamente... Así fue la tragedia. Así correspondió Guajardo, el alevoso, a la hidalguía de nuestro general en jefe. Así murió Emiliano Zapata, así mueren los valientes, los hombres de pundonor, cuando los enemigos para enfrentarse con ellos,



recurren a la traición y al crimen. Como antes digo a usted, mi general, adjunto copias debidamente autorizadas de todos los documentos relativos. Y haciéndole presente mi honda y sincera condolencia, por la que nunca será bien sentida muerte de nuestro ciudadano general en jefe, reitero a usted, mi general, las seguridades de mi subordinación y respeto.— Reforma, Libertad, Justicia y Ley. — Campamento revolucionario en “Sauces”, estado de Morelos.— 10 de abril de 1919.— El secretario particular, mayor Salvador Reyes Avilés.



Perfil del Reformador

General de división Gildardo Magaña



No es posible enmarcar en las cortas dimensiones de un artículo la personalidad de Emiliano Zapata, cuya figura, mientras más se le estudia, más se le depura, mientras más se le conoce, va creciendo, va agitándose, va tomando las proporciones en que se le admirará mañana.

Columnas de periódicos y páginas de libros se han llenado narrando pasajes de la revolución del sur y atacando las menos veces y tratando de hacer justicia a Zapata en la mayoría de los casos. Pero aún estamos muy lejos de haber dado a conocer en toda su magnitud la epopeya gloriosa de la Revolución Mexicana y muy lejos de lograr que las figuras de los próceres aparezcan en su nítida desnudez, despojadas de las gasas de la adulación y exoneradas de las máculas de la intriga y de la calumnia.

Cada etapa del movimiento señala la exaltación de un hombre.

En la iniciación: Madero, el Apóstol.

Despreció la comodidad, la paz de su hogar y abrazó con entereza de convencido la tarea de ir predicando por todos los lugares del país los principios de la democracia. Sufrió las penas de la persecución y de la cárcel. No midió nunca el peligro.

Sereno, imperturbable, elocuente y con valor civil a toda prueba, llevó al pueblo mexicano a la rebelión de 1910 y condujo a las masas al triunfo de Ciudad Juárez.

Fue la época de la iniciación del movimiento libertario, la etapa del maderismo y su caudillo.

Nadie podrá arrebatarse ni amenguar la gloria de esa etapa a don Francisco I. Madero.

Después, el país sufre las consecuencias de los llamados tratados de Ciudad Juárez y la escisión entre los elementos del maderismo, un gran número de los cuales se separa radicalmente de Madero y los suyos y otros, con Zapata al frente enarbolan con firmeza el pendón de las reivindicaciones sociales, señalan orientaciones definitivas al movimiento libertario que continuaba su gestación a pesar de los desvíos de sus hombres y hacen armas más que en contra del Apóstol de la Democracia, en pro de la Revolución, del pueblo que no se satisfacía con postulados de índole esencialmente política.

¡Tierras! ¡Tierras! Fue el grito de lucha.

Viene en seguida el cuartelazo de 1913 y la revolución constitucionalista señala otra etapa de la lucha y exalta a su hombre.

A pesar de los errores en que incurrió el Varón de Coahuila, su figura tiene perfiles de virtuoso. Llena la fase de la lucha en el norte.

Se le reconocen grandes méritos como estadista. Pero la gloria militar de esa época, pródiga en episodios heroicos, no toca a Carranza, pues se divide entre la famosa División del Norte de Pancho Villa y el ejército de Obregón. Tampoco, es cierto, necesitaba de esa gloria ni siquiera para afirmar su posición de caudillo ni para defender sus prestigios de patriota y de ciudadano probo.

El movimiento llamado del Plan de Agua Prieta que encumbró a Obregón, desde antes caudillo militar que había aunado a sus éxitos en los campos de batalla una rara inteligencia que le permitió abarcar de conjunto los problemas sociales, da oportunidad para destacarse en el mundo de la política al general Plutarco Elías Calles.

De Obregón hemos dicho ya que no se le ha hecho justicia plena. Algún día se hará el balance fiel de sus servicios y



de sus virtudes. El zapatismo no sabrá olvidar que él estableció lazos de vinculación entre los revolucionarios del Plan de Agua Prieta y los surianos, ni tampoco dejará de tener presentes los esfuerzos de Obregón para iniciar la resolución del problema de la tierra.

No es posible, repetimos, dictar ni una opinión completa, desapasionada, equitativa, justa acerca de los próceres del movimiento a partir de 1910. Aún se les discute con pasión sectaria, con apasionamiento partidista. No podemos dilucidar ya el alcance de los esfuerzos de cada uno, ni la limpidez de sus principios en la finalidad de sus actuaciones.

Tendríamos que expurgar los planes que les sirvieron a manera de lábaros para sublevar a las masas, de lo que hayan tenido de realidad, de sinceridad, de valor práctico. Separar la ficción y el engaño. Y aún privan múltiples circunstancias que impiden el juicio imparcial.

Mas no necesitamos suscitar controversias, ni profundizar investigaciones, ni medir la solvencia moral y política de nuestros grandes hombres para asentar que entre quienes controlaron grandes zonas territoriales bajo el poderío de sus ejércitos y acumularon en sus dominios fuentes de riqueza y autoridad bastante para convertirse en autócratas y despreciaron oro y poder y lucharon con sin igual desprendimiento, se cuenta Emiliano Zapata, que surgió de la gleba sojuzgada y jamás renegó ni de su origen ni de su clase; que nunca procuró para él mayor comodidad ni holgura que para sus soldados; que vivió sin ostentaciones y sin lujos; que no olvidó ni abandonó sus hábitos de trabajo personal; que no sirvió más que a la causa del pueblo, sin ambiciones y sin miedo; que sólo tuvo empeño en hacer triunfar los principios por los que fue a la lucha; que no aceptó un puesto público; que despreció las fortunas con que pretendióse comprar la firmeza de sus convicciones y que murió pobre, puede afirmarse, que en la miseria.

Zapata y su concepto sobre la lealtad

Doctor José G. Parres



Hoy que los historiadores y revolucionarios autorizados se vienen preocupando por aquilatar el valer de los directores en nuestros movimientos de lucha reivindicadora, que murieron ofrendando sus vidas por el triunfo de los postulados de la Revolución; escudriñando unos y otros la verdad de los hechos que coloquen a cada quien en el lugar histórico que les corresponde, he querido aprovechar la conmemoración del XIX aniversario del asesinato del caudillo general Emiliano Zapata, para dar a conocer brevemente su manera de pensar y algunas de sus obras en relación con la causa que defendía.

Para juzgar a un hombre procede en mi concepto tomar en consideración su manera de pensar y proceder, derivando de estos dos hechos fundamentales la apreciación de su personalidad en relación con su actuación en el movimiento económico, político y social que ha conmovido a nuestro país; por lo que como subordinado correligionario del extinto general Zapata me tomo la satisfactoria libertad de hacer un breve comentario de su persona y parte de su obra, principiando por señalar una anécdota que viene a desvirtuar el concepto equivocado vertido por algunos escritores de renombre que desconociendo la vida íntima del aludido general Zapata se han guiado por versiones apasionadas considerándolo como un hombre vicioso. El general Zapata como todo pequeño agricultor, por sus circunstancias económicas y sociales desarrollaba un trabajo físico superior a las fuerzas de su organismo en consideración de los alimentos que

podía allegarse, lo que le obligaba en ocasiones a beber algunas copas con sus amigos, sin que esto haya constituido en él un vicio; puesto que por excepción llegó a incurrir en excesos. Al principio de su actuación como Jefe del Ejército Libertador del Sur y de acuerdo con su temperamento amable y obsequioso departía con sus amigos y subordinados a quienes en ocasiones ofrecía algunas copas acompañándolos a tomarlas. Cuando su personalidad e influencia fue tomando cuerpo y acrecentándose, entrando en contacto con elementos de mayor preparación y cultura, fácilmente se despertó en él el espíritu y conciencia de responsabilidad que entre otras cosas le hicieron comprender el perjuicio que el alcohol causa al organismo y la consecuencia de sus efectos en contra de todo principio de autoridad y ejemplo; lo cual se demuestra con el siguiente dato: uno de sus secretarios particulares, profesionista en la carrera de abogado, había llegado a un relajamiento moral como consecuencia de su abuso en la bebida, que le hacía perder completamente sus facultades. Recriminándolo el general Zapata por dicha debilidad le hacía advertir que entre la gente humilde de trabajo, principalmente entre los campesinos y agricultores faltos de cultura, que no habían tenido escuela, en quienes la alimentación en la mayoría de los casos no correspondía a las necesidades de su organismo, podía disculparse el abuso de las bebidas embriagantes; pero que juzgaba imperdonable en personas que tuvieron oportunidad de cultivarse y por ende darse cuenta de las consecuencias de la embriaguez, el no poder combatir su vicio.

Por lo que se refiere a su acción y pensamientos, para dar una elocuente expresión de ellos, paso a transcribir dos documentos autorizados con su firma que unidos al Plan de Ayala dan una clara idea de su natural talento, intención genuinamente revolucionaria por el mejoramiento del laborante del campo y medios que empleaba para su realización.



El primero de estos documentos es un manifiesto al pueblo para justificar la expedición de un decreto contra los traidores a la Revolución. Documento éste que dice:

Al expedir la Ley Penal contra los traidores a la Revolución, ha creído necesario este Cuartel General entrar en algunas consideraciones históricas para poner de relieve esa funesta lacra de nuestra sociedad, esa contagiosa lepra de la traición, que se transmite como herencia fatal de generación y no perdona, ni a los civiles ni a los militares, ni a reaccionarios ni a revolucionarios, ni al hombre del campo ni al habitante de la ciudad. En efecto, desde tiempo inmemorial y aunque sea doloroso confesarlo, se vienen registrando en nuestro país, abominables actos de traición a la Patria o de vergonzosa infidencia respecto de los principios proclamados; lo que está demostrando la existencia de un mal social profundamente arraigado, al que urge poner pronto y eficaz remedio. Para comprobar ese hecho, que forma la médula de nuestra vida social y política, basta asomarse a las páginas de la historia nacional, que son el triste relato de esas traiciones y de esas infidencias. Al iniciarse la conquista del Anáhuac por los soldados de Hernán Cortés, los indígenas de Tabasco dieron desde luego el ejemplo de la traición, incorporándose en gran número a los conquistadores, cediéndoles de buen grado sus mujeres y proporcionándoles toda clase de facilidades para que prosiguieran su marcha hacia el interior del país. A los tabasqueños se agregaron bien pronto los tlaxcaltecas, y todos unidos en compacta muchedumbre, encabezada por el pequeño grupo de audaces invasores, atacaron y batieron a la valiente nación azteca, que abandonada a sus solas fuerzas y rodeada por todas partes de enemigos, sucumbió a los golpes de sus hermanos de raza, más bien que al empuje del puñado de españoles, que por sí solos hubieran sido impotentes para



triunfar. Afianzada así la Conquista, siguen los trescientos años de dominación española, y no bien se hubo proclamado la Independencia, cuando aparece ya la traición de Elizondo contra el cura Hidalgo y los primeros caudillos, surge después la infidencia de Carrasco contra Morelos y en seguida, sin hacer mérito de los malos mexicanos que en gran número se pasaron a las filas de los españoles para batir a sus hermanos los insurgentes, nos encontramos con la doble traición de Agustín de Iturbide, que no satisfecho de haber sido uno de los más enconados enemigos de los grandes caudillos de la Independencia, consumó de acuerdo con los principales españoles y las clases privilegiadas de la Colonia, el famoso cuartelazo contra el gobierno al que servía, cuyo desenlace fue el espurio y ridículo Plan de Iguala; estrategia de que se valió la reacción para burlar las esperanzas del pueblo, hacer triunfar una vez más a la clase acomodada y poner la corona imperial sobre las sienes del incorregible traidor Agustín de Iturbide. No se detuvieron aquí las defecciones ni las felonías; pues vino después el alevoso asesinato de don Vicente Guerrero por el italiano Picaluga, instrumento pagado por el presidente conservador Anastasio Bustamante; y a poco andar, al presentarse en nuestro país el invasor norteamericano, se registró, para vergüenza nuestra, la traición del general Paredes Arrillaga, quien se pronunció en San Luis Potosí con las mismas fuerzas que el gobierno le había proporcionado para batir al enemigo. A ello no tardó en seguir la célebre sublevación de “los polkos”, o sea de la juventud dorada de la capital de la República, que también se rebeló frente al enemigo y en momentos en que la Nación exigía el esfuerzo combinado y el sacrificio unánime de todos sus hijos. Sigue a breve plazo, la dictadura de don Antonio López de Santa Anna, quien al ver que se le premiaba con la presidencia de la República, su cobarde y bien sospechoso comportamiento durante la guerra del 47, se creyó autorizado para celebrar, como en efecto celebró, el



famoso tratado de la Mesilla, que costó a México la pérdida de una riquísima porción del territorio, vendida a los Estados Unidos para cubrir los gastos y sostener el boato de la infatuada corte santanista. Y cuando al ser derribado ese hombre funesto por la fuerza irresistible de la Revolución de Ayutla, se llegó a creer que estaba ya asegurado el triunfo de los ideales y que con el imperio de la Constitución de 57, se inauguraba una nueva era para la democracia mexicana, sobrevino de pronto lo inesperado y lo increíble: el presidente don Ignacio Comonfort, el prestigioso caudillo que había sido factor principal en la guerra de Ayutla, que se había mostrado heroico en los campos de batalla y que, como funcionario y como hombre de honor, juró cumplir y hacer cumplir el Código Supremo, fue el primero en desconocer su obra y en renegar de sus principios, dando un vergonzoso golpe de Estado, que echaba por tierra las instituciones liberales y constituía una verdadera alianza con los enemigos del progreso. Pocos años más tarde, la semilla de la traición, siempre fecunda en México, hizo surgir en el campo de nuestras luchas intestinas toda esa generación de mexicanos espurios que, con tal de sacar a flote sus bastardos intereses, no vacilaron en atraer sobre su país la intervención francesa y el oprobio del Imperio, desencadenando sobre la República los horrores de una guerra sin cuartel, en que estuvo a punto de naufragar la nacionalidad mexicana. Obtenido el triunfo de la causa republicana, y después de un periodo turbulento en que el principal promotor de las discordias fue el general Porfirio Díaz, llegó el pueblo a tener fe en este caudillo, que le ofrecía sufragio efectivo, no reelección, reducción de impuestos, y libertad de toda especie. Alucinadas las multitudes con el hermoso programa, se lanzaron sin más examen en seguimiento del falso apóstol y falaz político, quien apenas hubo llegado al poder pisoteó el sufragio, aumentó los impuestos, conculcó el principio de no reelección, ahogó en sangre las libertades y estableció una terrible dicta-



dura, en que no había justicia sino para los ricos y sólo eran libres los poderosos; hasta que el pueblo cansado de vejaciones y deseoso de una era nueva, acometió la gloriosa empresa que iniciada en 1910 no terminará sino con la destrucción de los privilegios y la igualdad de derechos para todos, sobre la tierra fecunda. Pero aún no concluía la lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz, cuando ya empezaba a deslizarse la traición y la venalidad en las filas revolucionarias, pues desde entonces, o sea en marzo de 1911, el llamado general Ambrosio Figueroa, de lúgubre memoria, fue sobornado por el ministro José Ives Limantour y con él se comprometió a tender un lazo a las fuerzas encabezadas por el suscrito General Emiliano Zapata, al atacar junto con éstas la plaza de Jojutla, y aun cuando sus maquinaciones quedaron burladas por haberse conocido a tiempo el pacto secreto que los federales tenían celebrado, insistió no obstante Figueroa en su infidencia, se puso abiertamente al servicio de los científicos y combatió a la Revolución Suriana, con sin igual encono, mostrándose uno de sus más encarnizados enemigos, arrastrando tras sí a una falange de traidores y corrompiendo a un buen número de revolucionarios, que por amor al oro y a las comodidades, no tuvieron inconveniente en pisotear sus principios y atraer para sí y para sus hijos, eterno deshonor. Y lo que es más extraño, y también más doloroso para los hombres que aman la causa revolucionaria, en el seno mismo de la Revolución Suriana, donde los jefes y la tropa se han distinguido por su perseverancia en la lucha y su firme adhesión a los principios, llegó a infiltrarse en los últimos tiempos el virus de la traición, por el que se dejaron contaminar jefes tan antiguos como los generales Francisco V. Pacheco, Lorenzo Vázquez y Otilio Montaña (y algunos de sus subalternos), todos los cuales han sido pasados por las armas, como lo fueron en épocas anteriores los generales Jesús Morales, Simón Beltrán, Alfonso y Joaquín Miranda, el coronel Pascual Orozco y otros varios



para escarmiento de pérfidos y traidores. Últimamente Domingo Arenas, el traidor entre los traidores, abandonó también vergonzosamente las filas surianas para ir a enriquecerse a la sombra del enemigo carrancista, hasta que víctima de sus propias asechanzas, cayó sin vida en la misma emboscada que él preparaba a los nuestros. Todos estos traidores —Arenas, Montaña, Vázquez y Pacheco—, tenían formada entre sí una estrecha alianza, para ayudarse mutuamente en sus ambiciosos proyectos de encubrimiento personal, que pretendían conseguir valiéndose de las peores intrigas e introduciendo el vicio y la corrupción en las filas revolucionarias. Ante esa avalancha de actos bochornosos para nuestro país y para nuestra raza; en presencia de esa multitud de síntomas denunciadores de la existencia de una grave y profunda enfermedad social, la Revolución no puede permanecer indiferente, y sí por el contrario, manifestarse inflexible con esa clase de hombres sin convicciones, sin delicadeza y sin honor, que traicionan a su patria o faltan a sus principios con impudor increíble, se venden por un puñado de monedas o se espantan como mujeres en los momentos críticos o peligrosos para la causa que defienden. Este Cuartel General así lo comprende; pero también sabe que para extirpar a raíz la raza de los traidores, cuya negrura mancha las más hermosas páginas de nuestra historia, no bastará con la aplicación inexorable de la pena de muerte a los culpables, sino que se hace precisa una larga y profunda labor educativa, en la que la acción del gobierno debe ser secundada por la sociedad entera, empezando por los padres de familia y el profesorado, fortaleciéndose cada vez más por la ayuda combinada del periódico, del libro y de la opinión pública, al reaccionar ésta, implacable y enérgica, contra todos los actos de traición o de infidencia. En el seno de cada familia debe empezar la propaganda contra los traidores; allí deben los padres sugestionar, y conmover a sus hijos, con ejemplos palpitantes y comentarios oportunos, a fin



de que comprendan y sientan todo lo que encierra de pernicioso y de infame, el acto de faltar sin pudor a la palabra empeñada, de abandonar miserablemente a los compañeros con quienes se tienen compromisos contraídos y de renegar con la mayor desvergüenza, de su credo político, de su honor de hombre, de los principios jurados ante la nación entera. Cada padre de familia deberá enseñar a sus hijos que la traición, a más de convertir al que la comete en un ser despreciable para amigos y enemigos, deshonra también a su familia, que queda para siempre mancillada, y extendiéndose aún más la indeleble mancha, como una maldición o como una lepra, alcanza igualmente al poblado, al distrito, al estado que vio nacer al traidor, y en fin, a la Nación entera, cuya dignidad y cuyo honor padecen, tanto más cuanto mayor es el número de sus hijos que faltan a la fecha jurada, o más graves o abominables son los actos de traición cometidos. Igual labor deben emprender, con decisión y celo, los profesores en las escuelas, los periodistas en la prensa, los literatos y los oradores en el libro y en la tribuna. Por lo tanto, este Cuartel General, a la vez que pone lo que está de su parte, al reprimir por medio del castigo y del escarmiento, esa fatal tendencia de muchos de nuestros compatriotas, especialmente de los que pertenecen o han pertenecido al ejército, no se conforma con esto, que es bien poco para la destrucción de un mal tan hondo como antiguo, sino que excita calurosamente a los padres de familia, a los maestros y profesores de todas clases, que tienen en sus manos la formación del alma de las nuevas generaciones, así como a los periodistas y a los intelectuales de toda la República, a que lo ayuden y secunden en esa magna labor de purificación social; pues está convencido de que así, y sólo así, obrando sobre el espíritu de la niñez y de la juventud e inculcándoles sólidos y firmes principios de honradez y de virtud políticas, podrá desarraigarse de nuestro ser social, esa morbosa inclinación a la perfidia, esa inveterada falta de firmeza, esa vergonzosa



tarea de la traición hereditaria. A los padres, a los maestros y a los intelectuales se dirige, pues, este Cuartel General, para invitarlos, en nombre de la dignidad nacional y en bien de las futuras generaciones, a que trabajen en la familia, en la prensa, en la tribuna con el libro o con el folleto, para moralizar a la raza y comunicarle los sentimientos de lealtad, las virtudes cívicas de que hoy carece e infundirle arraigados principios de honor, que por su falta de desarrollo, no son todavía freno bastante para impedir que muchos de los nuestros sucumban a la tentación del oro y a las incitaciones de los mercaderes políticos.

Interpretando la política del presidente de la República para suprimir diferencias entre los elementos que se destacaron en la Revolución y propugnar por la unificación de los mismos, he estimado prudente suprimir la parte que se refiere a sujetos cuya personalidad sigue siendo discutida por no haberse dictado un fallo histórico acerca de los mismos.

Decreto contra los traidores a la Revolución. El general Emiliano Zapata, Jefe Supremo de la Revolución, a los habitantes de la República hago saber: Que en vista de las razones expuestas en el manifiesto adjunto, he creído necesario expedir el Decreto que sigue: Artículo primero.— Serán considerados traidores a la causa revolucionaria: I.— Todos aquellos individuos que, habiendo formado parte del Ejército Libertador, se hayan pasado o se pasen en lo futuro a las filas del enemigo, o se hayan presentado o se presenten a éste para alcanzar la amnistía, aun cuando no vuelvan a tomar las armas.— II.— Los que habiendo desempeñado bajo el Gobierno Convencionista los cargos de Ministros, Gobernadores, Delegados a la Convención, Secretarios Generales, Subsecretarios u Oficiales Mayores de Ministerios o Secretarios de Gobierno en los estados, se hayan ido a presen-



tar voluntariamente al llamado gobierno carrancista, para acogerse a la amnistía decretada por éste.— III.— Los militares o civiles que al estar sirviendo a la Revolución, hayan ministrado noticias al enemigo, le hayan servido de agentes o espías, o le hayan prestado servicios de cualquier forma; los militares que habiendo estado alguna vez en las filas revolucionarias, hayan prestado después al enemigo aquellos servicios. Artículo segundo.— Los delincuentes a que se refiere el artículo anterior, serán castigados con la pena de muerte, que se aplicará a los que residan en el país, inmediatamente después de que se les compruebe su culpabilidad, en los términos de la Ley Procesal Revolucionaria; y a los que se encuentren en el extranjero, se les impondrá la pena de destierro por veinte años, sin perjuicio de sufrir la pena capital, si llegan a caer dentro de ese periodo bajo la acción de las autoridades emanadas de la Revolución. Sólo el Jefe Supremo de la Revolución o el Ejecutivo de la Unión en su caso, podrán conmutar la pena capital por la de veinte años de prisión, en aquellos casos en que lo crean conveniente.— Artículo tercero.— A las penas señaladas en los artículos que preceden, se agregarán en todo caso, la de confiscación de los bienes del delincuente como lo prevé el Plan de Ayala.— Artículo Cuarto.— En tanto se establecen los Tribunales Revolucionarios, el Cuartel General de la Revolución será el que aplique las penas anteriores, previo un juicio sumarísimo que tramitará como crea conveniente.— Reforma, Libertad, Justicia y Ley.— Tlaltizapán, Mor., a 20 de septiembre de 1917.— El general en Jefe del Ejército Libertador.— *Emiliano Zapata*.

El otro documento dice:

Decreto número I.— El C. general Emiliano Zapata, Jefe Supremo del Ejército Libertador, a todos los CC. Jefes, Oficiales y soldados del mismo, hago saber:— Considerando: Que los



cobardes o los egoístas, que sólo ven en su interés personal y no se preocupan por el triunfo de los ideales, deben ser despojados de su carácter de Jefes de un movimiento armado que combate por el bien del pueblo, y no por la formación de una nueva clase de hombres ociosos e inútiles, como los miembros del antiguo Ejército Federal, pesaban sobre la Nación y le causaban grandes gastos, sin prestar ningún servicio positivo.— Considerando: Que en esta categoría deben considerarse incluidos los Jefes que han tomado participación en la lucha y se han retirado a vivir en las poblaciones o en los campamentos, extorcionando [*sic*] a los pueblos o disfrutando de los caudales de que se han apoderado a la sombra de la Revolución.— Considerando:— Que muchos Jefes han abusado visiblemente al dar ascensos o nombramientos en favor de personas que no lo merecen, pues o nunca han prestado sus servicios en campaña, o los que han prestado, no los hacen acreedores al nombramiento que se les confiere.— Considerando:— Que las armas que permanecen inútiles en poder de las escoltas o grupos de hombres que rodean a los Jefes que no combaten, deben pasar a poder de los combatientes para que las hagan servir en provecho de la causa que defendemos. Por todas estas consideraciones he tenido a bien decretar lo siguiente: — Art. I.—Quedan desde esta fecha dados de baja y dejan de pertenecer al Ejército Libertador todos aquellos Jefes que, a partir del primero de mayo último, huyeron cobardemente a la aproximación del enemigo carrancista, abandonando la zona cuya vigilancia y defensa les estaba encomendada. —Art. II.—Quedan igualmente excluidos del Ejército Libertador, todos aquellos Jefes, Oficiales y soldados que, en lugar de combatir al enemigo, emplean sus armas en cometer abusos con los vecinos de los pueblos y en arrebatarles sus escasos medios de subsistencia. —Art. III. —Quedan, por último, dados de baja aquellos Jefes y Oficiales que, sin causa justificada, como enfermedad u otras semejantes, se han retirado de



la lucha y permanecen viviendo en las poblaciones o en los campamentos, sin tomar participación en ningún hecho de armas. —Art. IV. —Todos los Jefes, Oficiales y soldados comprendidos en los tres artículos anteriores, deberán entregar al Cuartel General todas las armas y pertrechos de guerra que permanezcan en poder de ellos, de sus escoltas, estados mayores, brigadas o grupos de hombres armados que tengan a sus órdenes; y a este efecto, los que se encuentren en aquel caso y no se allenen a devolver esas armas y pertrechos, a fin de que esta superioridad disponga la manera de recogerlas. —Art. V. —Todos los ascensos y nombramientos expedidos por los Jefes Militares a favor de sus subordinados, carecerán de validez, mientras no estén ratificados por el Cuartel General de la Revolución, el cual negará su ratificación, siempre que encuentre inmerecido un nombramiento o el ascenso de que se trate. —Art. VI. —A los Jefes, Oficiales y soldados que se hayan distinguido en la actual campaña contra los carrancistas, especialmente desde el primero de mayo en adelante, les otorgará el Cuartel General los ascensos que legítimamente merezcan por su valor, su actividad y su espíritu revolucionario. Por tanto, mando se imprima, circule, y se le dé el debido cumplimiento.— Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

Bástame con lo anterior para cumplir con un deber de honrar la querida memoria de quien supo sacrificarse sin traicionar a sus principios y a su causa, dejándonos señalado el camino del deber con su ejemplo.

México, D. F., a 8 de marzo de 1938.



Interpretación de Emiliano Zapata

Licenciado Enrique González Aparicio



Hase hecho notar con frecuencia y con acierto, la singular coincidencia que se observa entre la vida y la obra de José María Morelos y de Emiliano Zapata, actores en un mismo escenario, reflejo de un sistema económico similar y expresión de idénticas aspiraciones populares. Pero ello no es sino una consecuencia de una misma estructura de la vida nacional que se prolonga a través de la primera centuria de nuestra independencia política, en la cual no sufrió cambio alguno la fisonomía económica y social de la vida de México en el virreinato y, por tanto, la dolorosa condición de la gran masa del pueblo, formada por los campesinos.

Es innegable la clara percepción que Morelos tuvo del problema agrario de México, que entonces, como a principios de este siglo, consistía en el monopolio de la tierra frente a la densa y miserable masa de indios y mestizos cuyo esfuerzo fecundaba el territorio de la patria, sin percibir en cambio una compensación adecuada a sus necesidades vitales. Pero el atraso mismo del pueblo campesino, la absoluta sujeción de todas las manifestaciones creadoras del país al dominio español, la ideología dominante en esa época, reflejo de tales condiciones, hacían imposible advertir con suficiente precisión las raíces del problema y sus más adecuadas soluciones; ello explica el por qué Morelos, hermano de los parias explotados del campo, no hubiese podido plantear una fórmula resolutive del problema. Pero la actitud del hombre y la obra del conductor de masas tenían una proyección definida en contra del latifundio opresor y del privilegio económico de los

dominadores y en favor del enaltecimiento de la vida campesina. Porque si bien la “independencia y libertad de los americanos”, para emplear el lenguaje de la época, reflejaban el propósito de los criollos por sacudir el dominio español, para hombres como Morelos y para todos los que integraron los ejércitos insurgentes, esa aspiración representaba la independencia de la parte de la población más esclavizada durante la Colonia, que era la que trabajaba la tierra, sin ser propietaria de ella.

Por su parte los españoles eran perfectamente conscientes de que la insurgencia amenazaba reducir la vasta extensión de sus propiedades, cuando no la confiscación de ellas; supieron muy bien comprender que el movimiento acaudillado por Morelos, con mayor intensidad que ningún otro de los intentos de independencia, era el principio de una revolución agraria. Prueba de ello, entre muchas otras, lo es la actitud del célebre latifundista azucarero Gabriel de Yermo que al frente de fuerzas organizadas por él y formadas con los trabajadores esclavizados de sus haciendas, depuso al virrey Iturrigaray y combatió repetidas veces a las tropas insurgentes, al modo como los negreros americanos enviaban a sus propios esclavos a morir en los campos de batalla peleando por la persistencia de la esclavitud.

Claro es que triunfante el movimiento libertador, sus efectos fueron sólo perceptibles en el orden político, y en algunas manifestaciones aisladas de la vida económica de la antigua colonia, subsistiendo la misma estructura de la sociedad virreinal y volviendo a la ergástula de las haciendas los que habían salido de ellas a luchar y morir ilusionados, con la esperanza de que su sacrificio habría de contribuir a destruirlas. Pero este fenómeno no fue sólo característico de la Revolución de Independencia; muchos otros movimientos históricos similares han ofrecido igual resultado, una vez pasado el periodo más intenso de la lucha armada, cuando



la sublevación de las masas es dirigida por las clases intermedias de la sociedad, deseosas de apoyarse en ellas para sacudir el dominio de las clases superiores. Tal fue el caso de la propia Revolución Francesa en donde la furia y el esfuerzo populares fueron aprovechados por la burguesía para derrocar a la nobleza y para destruir los privilegios feudales, con el objeto fundamental de sustituir el dominio de la clase derrocada por su propio dominio.

La persistencia de la opresión campesina después de 1821 se explica, además, por la misma razón que impidió ver con claridad a los libertadores la fórmula del problema agrario, es decir, porque aún no estaban maduras las condiciones sociales de las masas laborantes para organizar un movimiento definitivamente orientado, con propósitos ciertos e ineludibles que, al triunfo armado, pudieran convertirse en una realidad nacional.

Cierto que en el panorama social del México de fines de la Colonia han variado muchos matices respecto al de principios de este siglo, pero no lo es menos que los elementos fundamentales de uno y otro eran los mismos por lo que ve a la organización del trabajo en el campo, a la miseria aldeana de México y al predominio económico, político y social de los terratenientes. Había triunfado el segundo movimiento de emancipación nacional, que fue la Reforma; profundos cambios supieron operar en la vida de México; pero la hacienda, sustraída en parte a las manos del clero para pasar a la de los nuevos hacendados, seguía siendo la clave de nuestra agricultura y la fuente de la explotación campesina; y el porfirismo no había hecho sino mantener ese estado de cosas, haciendo de paso nugatorias algunas de las más nobles conquistas alcanzadas por la Reforma.

Condiciones propias de los cultivos de las diferentes regiones de México determinaron que en algunas de ellas la condición campesina fuese aun más dolorosa y grave que



en las demás; así por ejemplo, en las destinadas a cultivos agro-industriales, como el del azúcar y el del henequén, el más fuerte poder económico de los hacendados, derivado de la naturaleza misma de esos cultivos acentuaba el desvalimiento de los campesinos y disminuía sus posibilidades de redención. Tal sucedía típicamente en Morelos y las regiones del sur del país, teatro de los más brillantes episodios de la vida de Morelos y esas mismas tierras y esos mismos hombres produjeron el más fuerte de los caudillos de la Revolución Mexicana, revolución esencialmente agraria, que se llamó Emiliano Zapata.

Ello se explica por la persistencia de la estructura económica y del ambiente social que exigían, de las fuerzas llamadas a transformarlos, idéntica acción personificada por similares individuales poderosas que, a un siglo de distancia, se confunden en el corazón de las masas y en la historia como un mismo símbolo de la redención popular. Porque México era y sigue siendo, por el trabajo de la mayoría de sus habitantes, un país campesino que no podrá considerarse firmemente adentrado en la ruta del progreso, mientras los millones de seres cuya vida rudimentaria y pobre dependa de la tierra y de su explotación y beneficio, no tengan la posibilidad de realizar en ella un trabajo libre, remunerador y fecundo.

Visitando una de las múltiples obras que el dinámico gobierno del presidente Cárdenas impulsa sobre toda la superficie de México, uno de los escritores de izquierda más significados del mundo observaba con dolor, pero con esperanza, de una parte la nueva fábrica dotada de la más moderna maquinaria, espléndido producto de la civilización industrial, y de la otra, en un brusco contraste, las habitaciones miserables en donde viven los campesinos, reflexionando que se reúnen en aquella hora y en aquel lugar el México del pasado que es en buena parte el del presente, y el México



del futuro, cuyos cimientos ahora se van construyendo con incesante energía.

Eran cierta la observación y justificada la esperanza. En las épocas creadoras de la historia de los pueblos es cuando el pasado y el futuro coinciden con el presente, de tal modo rápida es la acción que va destruyendo los sistemas pretéritos, anticipando la estructura del porvenir, que se confunden en el tiempo. En esta etapa de la Revolución Mexicana en marcha se advierte esa síntesis, claro signo de la fuerza revolucionaria que es, al par y dialécticamente, destructora y constructiva. Y este doble carácter es lo único que define a una verdadera revolución, pues cuando sólo se aniquila y arrasa, sin crear nuevas formas de vida, se retrocede, y cuando, sin liquidar los errores y los absurdos de los regímenes en decadencia, se proyectan nuevas obras, sólo se produce un progreso exterior, superficial, mas no se avanza en realidad en la senda de la historia.

Emiliano Zapata representa la primera etapa de la Revolución Mexicana, sin la cual ésta no hubiese sido posible. Por ello se ha dicho, con exactitud impecable, que son su vida, su obra y su sacrificio lo que ha permitido a los campesinos de México disfrutar de la tierra fecunda de sus ejidos y al país convertirse en un armonioso conjunto de ciudadanos libres, productores de su propia riqueza y dueños de su propio destino.



Continuación de la lucha

General de división Fortino Ayaquica



Es el general de división Emiliano Zapata la personalidad más relevante del movimiento agrario de nuestro país.

Privaban en el estado de Morelos condiciones especialísimas que hacían al campesino víctima de la explotación por parte de los grandes hacendados y de sus aliados, los representantes del poder público, cuando Zapata, un hijo del pueblo, campesino también, se dirigió a sus hermanos de clase y sufrimientos, invitándolos a sacudir las cadenas que los mantenían esclavizados y sumidos en la ignorancia.

Era Zapata un revolucionario poseído de un sano sentimiento libertador que pudo palpar la tragedia y el drama doloroso que pesaba sobre el destino de los parias que fecundaban la tierra con el esfuerzo de sus manos y con el sudor de su frente.

Y con ese anhelo fervoroso de reivindicación de derechos conculcados se lanzó a la lucha armada, levantando en Morelos la bandera de la Revolución que se iniciaba en toda la República al conjuro de la palabra de Madero.

Triunfante la revolución maderista, mientras los antirreeleccionistas ya en el poder, se ocupaban en la discusión de personas y de situaciones políticas, Zapata continuó abogando por los principios redentores de las masas campesinas y exigiendo que cristalizara en realidad el fundamental que se refería al derecho a poseer la tierra para quienes la trabajan.

Las aspiraciones de la masa laborante del campo que hizo la Revolución, se condensaban en el grito libertario de

“Tierra para todos, sin capataces y sin amos”, y fue así como permanecieron latentes hasta que pudieran trocarse en tangibles realidades.

En la lucha cayeron muchos hombres, muchos revolucionarios que ofrendaron su sangre y su vida en aras del ideal agrario, y cayó también, victimado por traidores, el Jefe honrado y patriota, Emiliano Zapata, en una emboscada artera y ruin, preparada por los enemigos del futuro grandioso de México, pero otros hombres, revolucionarios ciento por ciento, continuaron la obra iniciada por Zapata y después de muchos años pudieron ver coronados sus esfuerzos y sus sacrificios.

Desaparecido el caudillo Zapata, en una junta celebrada en el mismo teatro de la lucha titánica que sosteníamos, los jefes y oficiales que militábamos bajo los órdenes del preclaro revolucionario, acordamos designar como su sucesor, a efecto de que dirigiera la campaña militar y de carácter social que librábamos, al señor general de división don Gildardo Magaña, compañero inseparable del Apóstol y uno de los brazos fuertes del movimiento agrario, hombre de reconocida ejecutoria revolucionaria y de un gran valor intelectual y que hoy se encuentra al frente del gobierno del estado de Michoacán.

El nombramiento en cuestión fue aprobado sin excepción por todos los zapatistas legítimos y bajo la atinada dirección del general Magaña seguimos el camino que nos había trazado Zapata para hacer triunfar definitivamente su programa y la obra que se había echado a cuestras.

Es mucha satisfacción para nosotros, que al cabo de tanto tiempo se haga justicia cumplida a Zapata y a los hombres que con él compartimos la gloriosa jornada que trajo como consecuencia una transformación social, en beneficio de las clases proletarias.



Emiliano Zapata

Rafael Ramos Pedrueza



Emiliano Zapata se ha transformado en el símbolo redentor de esclavos rurales. Su vida se comenta como alto ejemplo de abnegación y firmeza. Nació en un hogar humilde; ranchería de Anenecuilco; estudió en la escuela pueblerina; desde niño se distinguió por su carácter observador y reflexivo, y su amor a la justicia y a la verdad. Refiérese que un día, al volver de la escuela, encontró a su padre, profundamente abatido, porque un opulento hacendado lo había despojado de sus tierras, para aumentar la extensión de su inmensa propiedad. El pequeño tallaba una cabeza de caballo, en un trozo de madero, escuchando atentamente los amargos comentarios que evidenciaban la iniquidad del régimen feudal porfirista. De improviso, se irguió, exclamando con firmeza: "Padre, cuando yo sea hombre, haré que nos devuelvan las tierras"... La promesa fue cumplida con creces. El niño tornóse hombre, y en compañía de su hermano Eufemio, ayudó a peones, aparceros y labradores, en sus incesantes conflictos y sufrimientos, provocados por la explotación de insaciables latifundistas. A los 20 años, por su rebeldía, fue desterrado de Morelos, trabajando en Puebla, hasta su retorno.

Tenía gran cariño por los caballos, siendo su diversión favorita los deportes relacionados con la equitación. Poseía conocimientos prácticos sobre esos nobles amigos del hombre, y varias veces desempeñó el puesto de arrendador. Recuérdase que el rico hacendado Ignacio de la Torre, hijo político del presidente Díaz, le mostró en una ocasión sus

magníficas caballerizas, haciendo exclamar a Zapata: “Las bestias viven mucho mejor que los peones; tienen alimentos y comodidades constantes; los que cultivan la tierra padecen hambre y desnudez; no son dueños ni del pedazo en que entierran sus cuerpos”.

Era un excelente agricultor, labrando la pródiga tierra de Morelos, y cosechando personalmente exuberantes melones y sandías, maíz y frijol, que repartía generosamente entre los más necesitados campesinos.

Ante los atropellos inicuos y continuos de los latifundistas que despojaron a los poblados de Anenecuilco y Villa de Ayala, Zapata organizó un grupo de vecinos, comisionando un abogado para que reclamase, por la vía legal, los despojos de que esos labriegos habían sido víctimas, arrebatándoseles por la fuerza y la intriga, las tierras de cuyos productos vivían; pero todos los procedimientos se estrellaron ante la influencia política de los señores feudales. Zapata y algunos campesinos de los más impetuosos, exasperados por su impotencia, recurrieron a las armas, defendiendo sus tierras valerosamente. Soldados de línea y policías rurales los arrollaron y persiguieron, tratándolos como forajidos. Zapata fue capturado y obligado a servir en el Ejército Federal, en compañía de otro morelense, ingresando al noveno regimiento que guarnecía Cuernavaca. Seis meses permaneció en el cuartel, adquiriendo con sus compañeros de “leva” conocimientos militares que utilizó más tarde en favor del agrarismo.

Ignacio de la Torre, quien le prodigaba estimación, por su gran honradez y laboriosidad, admirando sus raras facultades de centauro, le prestó ayuda política, la que unida al pago de su remplazo, prodigado con grandes sacrificios, le permitió obtener su libertad.

Al aproximarse el periodo para elegir gobernador del estado de Morelos, hizo activa propaganda en favor del can-



didato popular, Patricio Leyva, en contra del impuesto por el gobierno del centro, coronel Pablo Escandón, gran hacendado morelense. Se consumó, como habitualmente, la imposición, burlándose la voluntad popular.

Zapata con Tepepa y Torres Burgos inició la revolución agraria en el sur, adhiriéndose al Plan de San Luis Potosí. Inspiró afecto y confianza a las masas rurales, que abandonaban sus chozas para seguirlo, y convertirse en ejércitos insurgentes. Compartió siempre con sus campesinos armados, sacrificios, fatigas y peligros, sin demandar ni aceptar privilegios personales. La prensa pagada por los terratenientes arrojó sobre su heroica personalidad injurias y calumnias incesantes, empleando frases iguales a las consignadas un siglo antes, en las gacetas virreinales, contra los defensores de la independencia nacional. José María Morelos, Mariano Matamoros, Hermenegildo Galeana, Vicente Guerrero (“Ati-la del Sur. Tigre Suriano. Bandolero. Latrofacioso”).

Tuvo colaboradores militares y civiles que siguieron su ejemplo de honradez y firmeza. Entre los diversos grupos revolucionarios, en su gran mayoría, han permanecido in-munes a las tentaciones del enriquecimiento y a la corrupción política.

Zapata influyó poderosamente en los hombres de mayor relieve, rebeldes de diversa ideología a la injusticia social, desde 1910, entre ellos los hermanos Vázquez Gómez y sus partidarios de mayor significación.

El autor lo recuerda en esa época: alto, delgado, vistiendo traje y sombrero charros, negros, con botonadura y galones dorados. Tipo mestizo, tez bronceada, ojos grandes, espesos mostachos brunos; sobrio en el hablar, revelando profundidad de pensamiento, alteza de miras y resolución inquebrantable en el objetivo de su lucha redentora.

Zapata burló las asechanzas militares de Victoriano Huerta, instrumento del infiel presidente De la Barra. In-



tentó tenazmente convencer a Madero del urgente deber de repartir las tierras, ofrecidas en el Plan de San Luis Potosí. Proclamó el Plan de Ayala, que desconocía al gobierno maderista, por su incompatible actuación hacia las reivindicaciones agrarias. Colaboró —con la División del Norte y los ejércitos del noroeste y noreste— al derrumbe del usurpador Huerta. Sostuvo, desinteresadamente, la defensa del campesinado hasta que aquel Plan fue aceptado por la Soberana Convención. Laboró con firmeza para que el Primer Jefe, Venustiano Carranza, rectificara su actitud, hostil al agrarismo, enviándole proposiciones encaminadas a la resolución de ese problema vital. Emiliano Zapata ha sido uno de los caudillos más comprensivos de la realidad mexicana, dando al agrarismo su importancia objetiva, al tener en cuenta que México es típicamente agrícola. Sin embargo de su escasa instrucción, se preocupó intensamente porque se difundiese cultura entre la clase explotada, para desarrollar su conciencia y emanciparla de la ignorancia. Tuvo una clara visión de la Revolución Rusa, admirando su inmensa trascendencia; así escribió al general Jenaro Amezcua, su representante en Cuba. Fue inflexible con los enemigos del campesinado, ordenando fusilamientos de jefes militares, no por servir a gobiernos enemigos, sino por perpetrar delitos del orden común, de los que fueron víctimas familias de humildes labriegos. Con los vencidos, a quienes no se acusaba de esos crímenes, fue siempre humanitario. Con los traidores, mostró inexorable severidad, sin tomar en cuenta, para castigarlos, antiguas amistades ni parentescos. Uno de los jefes agraristas conocido con el nombre del Tuerto Morales, traicionó su causa, reconociendo al usurpador Victoriano Huerta, como presidente de la República. Más tarde, cayó prisionero del Ejército Libertador. Emiliano Zapata había sido amigo fraternal y compadre del prisionero, por el que sentía



hondo afecto y profunda estimación; pero fue implacable con el traidor, ordenando su fusilamiento. Siguió siempre esa línea de conducta, extremándola hasta con los sospechosos de infidelidad. Así fue ejecutado, también, el profesor Otilio Montaña, uno de sus primeros colaboradores, hasta que, decepcionado por la falta de éxitos militares y las naturales violencias y crueldades que por desgracia se cometen en las prolongadas luchas, de los esclavos transformados en vengadores, tuvo la debilidad de expresar su pesimismo, pagando con la vida su falta de fe en la victoria del agrarismo... (Algunos elementos surianos afirman que Montaña fue víctima de intrigas y enemistades personales; pero no se ha esclarecido definitivamente, con pruebas fehacientes, esta amarga versión; otros elementos dignos de crédito también, sostienen que su ejecución fue justa e indispensable, para evitar defecciones. Toca a los historiadores revolucionarios esclarecer este punto y condenar o reivindicar la personalidad del profesor Otilio Montaña).

Inmune a las amenazas que intimidan y al oro que corrompe, Zapata rechazó altivamente las proposiciones de los gobiernos antiagraristas de Porfirio Díaz, De la Barra, Madero, Huerta y Carranza, que intentaron atraerlo con ofertas: gobierno del estado de Morelos, magníficas haciendas, opulenta vida en Europa, fuerte capital en efectivo. El heroico revolucionario no vaciló un solo momento en cumplir con su alta misión. Por sus manos pasaron barras de oro y plata, y fuertes sumas de dinero —fue el único revolucionario que acuñó moneda, cuando sólo circulaba papel— y desinteresado de bienes materiales, despreciando la riqueza, murió pobre, al grado de que sus familiares quedaron en la miseria. Su merecido prestigio ha pasado las fronteras de México. Grandes pensadores socialistas lo presentan como alto exponente de reivindicaciones agrarias y como el más puro de los revolucionarios mexicanos (Carleton Beals, Upton Sinclair, Scott



Neering, John Freeman, Enrique Barbusse, Vaillant Couturier, Estanislao Pestkovsky, primer ministro de la U.R.S.S., en México, Marcelino Domingo, Luis Araquistáin, Valle Inclán, José Ingenieros, Alfredo Palacio, y otros más), admirando su energía y perseverancia, su valor y abnegación, al sucumbir cumpliendo su promesa: “Vencer o morir, porque la tierra sea libre para los mexicanos”.

Ante la imposibilidad de dominar la revolución agraria, se pensó que, asesinandose a su jefe, aquella quedaría vencida. El general Pablo González, secretario de Guerra, aprobó el plan urdido por el coronel Jesús Guajardo, para asesinar a Zapata, haciéndole caer en una emboscada. Guajardo con sus fuerzas simuló incorporarse al movimiento agrarista; dio pruebas de adhesión, algunas criminales, como fingir un ataque a Jonacatepec, costando varias vidas y la entrega de 53 hombres de sus tropas, al Estado Mayor de Zapata, para ser fusilados por haber cometido atentados a familias campesinas. Zapata, confiado en su lealtad, se presentó con 10 hombres de su Estado Mayor en la Hacienda de Chinameca, en donde 1 000 soldados a las órdenes del traidor, se habían posesionado de lugares estratégicos.

El clarín tocó llamada de honor y una nutrida descarga cortó las vidas de Zapata —en pleno vigor, tenía 40 años— su asistente, Agustín Cortés, y el coronel Palacios. Se glorificó oficialmente esa traición; se exhibió el cadáver del mártir agrarista en Cuautla. Se ascendió a general al traidor Guajardo, premiándosele, además con 50 000 pesos, salidos de la Tesorería Nacional, no obstante la crítica situación económica en que se encontraba el erario federal.

La tragedia se consumó el 10 de abril de 1919, provocando indignación aun entre los mismos elementos carrancistas, particularmente los militares de honesto criterio. (La responsabilidad histórica cae sobre el presidente de la República, Venustiano Carranza, quien autorizó el asesinato, y la



entrega de la suma mencionada, para premiar la traición y homicidios de Jesús Guajardo).

Los restos de Zapata descansan en el monumento que se le ha erigido en Cuautla, perpetuando, simbólicamente, su obra inmortal. El mártir aparece a caballo, extendiendo su brazo protector sobre un campesino.

Año por año, su sepulcro se cubre de flores, ofrecidas copiosamente, en homenaje fervoroso por todos los campesinos de la República. Es una peregrinación imponente y expresiva en alto grado; hombres, mujeres, niños, llevan ofrendas. Sus actitudes desbordan sinceridad, dolor, cariño, gratitud, admiración...

El autor de esta semblanza evoca un hecho revelador de la fe campesina en la obra de Zapata, durante su representación diplomática de México en la República del Ecuador (1925). Después de haber sustentado una conferencia sobre nuestra revolución agraria, varios delegados campesinos le pidieron que interpusiera su amistad con el gran defensor de esclavos rurales, para que los ayudase a emanciparse de la tiranía latifundista, pues estaban resueltos a morir combatiendo para no continuar su vida de miseria, expresando una confianza conmovedora en la heroica experiencia del revolucionario siriano. Narradas las circunstancias en que el mártir había sido asesinado bajo la presión de los hacendados, sus rostros bronceados expresaron indignación, tristeza, desengaño. "Pues si ya mataron al valiente Jefe, ayúdanos a libertarnos trayendo una docena de machos mexicanos", agregaron bruscamente.

En los campos de numerosos países, el enorme agrarista mexicano —Emiliano Zapata— se está convirtiendo en carne y sangre de todos los esclavos de la gleba.



Zapata

Luciano Kubli



Por fin presentan armas los maizales,
(el horizonte floreció de manta)
y se viste la tarde sus percales
y las guitarras campesinas cantan.

Pañalón de Morelos tiene el aire
que limpia bien el polvo en las gargantas;
una estrella se prende en los jacales
y sus rizos de luz se desbaratan.

Se ensarapan de polvo los sembrados
detrás de los jinetes fatigados
por un rosario rojo de combates;

y en la cabeza del caudillo fuerte,
que amansó sus caballos a la muerte,
el sol es un sombrero de petate.



Emiliano Zapata, su sentido

Baltasar Dromundo



Nadie que quiera dejar de engañarse a sí mismo, cometerá la torpeza de estimar que la historia sigue siendo una relación e investigación escueta, neta, de los hechos en sí. Eso, a lo más, sería la desagradable y chaparrita cultura del profesor de escuela durante la época de 1900 en las provincias de México, cuando el maestro de escuela era un pobre ser con mentalidad de rata y al servicio del clero, de la dictadura y de los patronos incultos, montaraces e insaciables. Y aun cuando todavía presenciamos el panorama —ya bien desprestigiado por cierto, y al que le “ha salido el cobre”— de academias y cenáculos de ignorantes consagrados como sabios por virtud de su ancianidad no erudita sino en simulaciones del conocimiento y en indignidades cometidas al amparo de la “cultura”, todo mundo sabe más o menos que eso de la sabiduría histórica —o de otra índole— de esos señores antirrevolucionarios y profundos, es muy relativo, y que los pobres continúan creyéndose que cualquiera cree en sus conocimientos. Son ya pocos los jóvenes que los toman en serio, y en cuanto al sector avanzado del país, los estima cada día más como casos de anormalidad mental colectiva que, por ende, pertenecen al campo analítico de la psiquiatría en sus diversos aspectos. Sólo esos grupos siguen desentendiéndose —en plena edad media del conocimiento— del hecho económico y del materialismo dialéctico marxista como base de conocimiento histórico y del estudio de la humanidad y de las clases.

Pero a la luz de la conciencia matutina de obreros y campesinos, y con la ayuda tanto del conocimiento autodidacta como de las enseñanzas que deriva la propia necesidad, y con la colaboración del maestro revolucionario —que quizá ha perdido en profundidad pero ha ganado en extensión y en humanidad—, el hecho histórico se plantea con claridad y con honestidad. Se sabe que el hombre, en tanto que es social, es hombre, y en tanto que es hombre es social, es resultado de su medio económico, reflejo de su ambiente, fruto del desarrollo materialista de la sociedad y de la historia. Así llega hasta nosotros Emiliano Zapata, no como una leyenda en que son aptos e incomparables los cultos embusteros de la burguesía que siempre andan a la zaga de nuevos mitos para enriquecer los ya atiborrados altares de su historia fraudulenta y para continuar el engaño y la sumisión de los explotados; siendo que llega hasta nosotros Emiliano Zapata tal como era, con sus virtudes de campesino, explotado, vejado, atormentado, y con sus defectos naturales del hombre. Aquí no hay trampa ni tenemos la necesidad de hacerlo aparecer como un santo si por santidad vamos a aceptar hipócritamente la perfección humana; Zapata era un hombre, gustaba de los caballos, de las peleas de gallos, de la mujer, de la música suriana, admiraba la lealtad, la hombría bien entendida, la sinceridad y la línea moral recta en la conducta de los hombres; él estimaba a los hombres que eran hombres verdaderos; entendía las cosas sin medias tazas, sin lo que antes de Cárdenas se llaman un “hombre tibio” y que era la clave para triunfar en el pobre mundo político de miserables y de serviles; Zapata era de una pieza, bondadoso como un niño, duro e inflexible cuando se trataba del deber o de juzgar a los enemigos de los campesinos. Los reaccionarios dijeron y dicen que era un asesino, pues entienden por asesino al que no paga con dulces ni con dinero a los delincuentes civiles o militares que abusan del pueblo y que lo explotan,



lo roban y lo exterminan. Como Zapata era un jefe enérgico, y no andaba en la Revolución para sentarse a banquetes con sus enemigos y burlarse del pueblo, sino para imponer la justicia social aun a costa de la vida humana y sobre la base de la violencia que era la única realidad de la justicia; y como siempre puso a los asquerosos enemigos del pueblo en el sitio que merecían, los entregó a tribunales militares de agraristas que los condenaron y los batió en toda la línea; como no se vendió, ni claudicó, ni era un farsante como hubieran querido los seculares verdugos del país, los verdugos de la clase campesina, pues por eso la reacción ha llamado asesino a Emiliano Zapata. ¡Sería curioso que alguien se encargara de revisar los diarios amarillistas de 1900 y 1913 y se verá que para esos periódicos de alquiler, verdaderas cloacas de la dignidad periodística llamada “libre”, eran unos ángeles sin mancha Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, Blanquet, “Mata Ratas”, Juvencio Robles, los Escandón, y tantos otros canallas de la peor ralea! Ese es el juicio crítico de la burguesía, y lo mismo acontece con los libros de los intelectuales reaccionarios, los historiadores de paga a sueldo del clero, los abogados exrevolucionarios —como Cabrera y Vasconcelos— que hoy están al servicio del capitalismo y que denigran a Zapata cuando, anteriormente, bien hubieran querido que aquel gran hombre los tomara en consideración.

La documentadísima obra de Gildardo Magaña sobre el agrarismo y Emiliano Zapata, ya consagrada por la crítica seria nacional y extranjera, nos permite no intentar la repetición, siquiera fuese panorámica, de los hechos y vida de Emiliano. Pero sí es el caso repetir, con motivo de este aniversario de su caída y de su sacrificio, que fue la presencia de Zapata en la Revolución lo que dio un rumbo preciso al movimiento. ¿Sobre cuáles pivotes giran actualmente los méritos de aquella jornada? Pues exclusivamente sobre la cuestión agraria y sobre la cuestión obrera. Ambas las vislum-



bró Emiliano Zapata y de ello quedan sobrando documentos, pruebas, testigos y una inmaculada ejecutoria. Claro es que sobresale por su intuición, su formidable visión, como jefe del agrarismo, pero también fue un abanderado de la liberación obrera. Ahora que nos mueve a risa la calenturienta pasión de Vasconcelos al querer destruirnos en su llamada *Historia de México* el valor ya universal de Morelos, pensamos que la grandeza de aquel varón de nuestra Independencia sólo tuvo su correlativo en Zapata. Ese paralelo, justísimo, es ya suficiente para concretar nuestra opinión sobre el humilde ranchero de Anenecuilco.

De suerte que si por Emiliano la Revolución tuvo un rumbo que más tarde vinieron a querer hacer suyo en méritos Carranza y otros más, nosotros que crecimos en su admiración y su veneración podemos estar tranquilos. La historia va haciéndole justicia. Y aunque nos indignan pero no nos sorprenden algunas cosas, estamos seguros de la inmortalidad de aquel hombre en el espíritu y en el corazón de las futuras generaciones rurales de nuestro México; no nos sorprende que todavía ayer asistieran a las ceremonias luctuosas de Cuautla y de México y de otros sitios, algunos de los felones, que militaron a las órdenes del chacal Jesús M. Guajardo, el proditorio asesino —éste sí era un asesino, con mayúsculas, como su jefe Pablo González— que preparó el atentado de Chinameca. Uniformados algunos, de civiles otros, cómodamente instalados entre el público, haciéndose pasar por revolucionarios, esa canalla presenciaba las ceremonias luctuosas pensando que nadie sabía su pasado, su borrón. Pero en fin esas cosas que indignan pero no sorprenden aunque hablan poco por lo menos de la cultura histórico-revolucionaria de ciertos funcionarios que no saben seleccionar su público y portarse “de una pieza” —como Zapata—, no impiden que estemos seguros del sentido histórico que la vida, la enseñanza, la ejecutoria del caudillo



señalan en nuestra lucha de clases. También debe observarse que son contadas las personas que con autoridad —como Magaña, pongo por caso—, realizan esas conmemoraciones; muchas de éstas se sirven de la memoria de Zapata para “darse baños de rosas” y hacerse pasar por revolucionarios, los muy ilusos: ¡como si las masas, con su maravilloso olfato político, no se dieran cuenta de esas cosas! Ya comienzan a aparecer los falsos compadres, los falsos parientes, los falsos amigos de Zapata, varias generaciones de oportunistas que pretenden entrar en historia, en comentarios periodísticos, o que buscan algún puesto público. ¡Nos imaginamos lo que pensaría el héroe de toda esa gentuza! ¡Él, que siempre fue pobre, honrado, perseguido, que nada legó a su familia, que tuvo una vida recta!

Ojalá que en cada aniversario, en cada ocasión que se presente, los verdaderos amantes de la autenticidad histórica, señalen a Zapata ante las nuevas generaciones —más que ante las adultas— en su importancia exacta y lo usen en el sentido superior de hacer de él un índice de sencillez, de línea cabal revolucionaria, de valor moral levantado, de orientador, de guía y de maestro en la lucha por la liberación de los peones, de las tierras y del ejido. Han pasado 19 años desde que fue asesinado, y ya los hombres de historia extranjeros más autorizados, como Frank Tannenbaum, Waldo Frank y otros, señalan a Zapata como jefe del movimiento agrario. Y no sólo en Norteamérica, en España, también en Chile lo ha hecho ya Manuel Eduardo Hübner, y Haya de la Torre en el Perú, y antes lo hizo Julio Antonio Mella en Cuba. ¡Lástima, por ellos, por los mexicanos a quienes me refiero, que no sea todavía todo el pueblo de México quien tribute justicia, admiración y fervor a la memoria de aquel hombre singular y extraordinario que todo lo sacrificó al ideal de entregar la parcela a los dueños legítimos de las tierras, a los eternos despojados, a los peones para quienes jamás expu-



sieron sus situaciones ni los políticos encanallecidos, ni los clericales hipócritas, ni el clero farsante, ni los periodistas inmorales, ni los sabios de gabinete, ni los técnicos al servicio de explotadores y de dictadores!

Yo soy de los que creen con fe ciega en la justicia social y en su cumplimiento, pese a cuantos obstáculos ayer y siempre puedan presentarse hasta el día inevitable de imponer la justicia total. Y como creo también ciegamente en las fuerzas de la revolución mundial —en la que Zapata ocupa sitios de preferencia que ganó al precio de una vida preciosa, transparente y heroica—, espero que aún hemos de ver que la historia de México, en una sociedad más justa ya soñada por Emiliano, le concederá en su opinión crítica los merecimientos y el respeto que su ejemplaridad revolucionaria y su certitud y reciedumbre de visionario, motivan en esta hora nuestro recuerdo cariñoso y nuestro saludo con el puño cerrado, en alto, símbolo de la fuerza que él tuvo y que heredarán las generaciones futuras para realizar lo que quede por cumplir y lo que él no alcanzó en nueve años de lucha sin cuartel.



Emiliano Zapata

General e ingeniero Ángel Barrios



Al evocar tu nombre se engolfa la imaginación en la rememoración de acontecimientos que forman una epopeya gloriosa, por la redención de una raza injustamente subyugada y privada de sus derechos inherentes de vida y acción, que la apartaban de su cooperación en la obra del progreso material, moral e intelectual; tu misión por el destino fue la del ejecutor clarividente y te enfrentaste contra las pasiones y egoísmos de la época, despertaste del letargo de la muerte a las clases populares deprimidas; tu actitud de profunda convicción y energía, contra la avalancha de oposiciones materiales e intelectuales que constituían formidable barrera, que aniquilaba cualquier tendencia de mejoramiento social, te coloca en el pedestal de gratitud y distinción al lado de los esforzados benefactores que han luchado por el imperio de fines nobles, en bien de los humanos. Tus actos de previsión y justicia, fueron debidamente comprendidos por la sinceridad, desinterés y abnegación con que realizaste y fuiste llamado por las multitudes “Libertador de los oprimidos”. En la lucha, fuiste de los primeros, tu magnanimidad con los caídos fue reflejo de las cualidades morales que poseías y al cumplir con tu tributo a la naturaleza, caíste con tu frente al cielo, dejando grandes anhelos de libertad y mejor vida entre los mal llamados y no comprendidos irredentos.

El desprendimiento que siempre demostraste por las grandezas y bienes terrenales, evidenció la nobleza de tus pensamientos y sentimientos, encaminados al beneficio y

adelanto de tus semejantes. Caracterizaste tu vida por un alto espíritu de justicia en las diversas actividades y derechos humanos, sin falsos alardes y ostentaciones de quienes han perseguido notoriedad y recompensas egoístas, en las épocas en que las penalidades y tristezas de la vida han sido reinantes. Los albores de tu existencia fueron de protesta contra las injusticias sociales y juraste que llegando a mayor edad, encabezarías las acciones encaminadas al exterminio de los privilegios, que habían creado y sostenido los detentadores, comenzando por el de la tierra; y cumpliste tu juramento epilogando tu vida con el emblema de “Tierra y Libertad”.

¡Loado sea tu nombre, Emiliano Zapata!



Zapata muerto para el mundo físico, vive en nuestras almas

Licenciado Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger



Cabe a nuestro deber de mexicanos y defensores del bien social ensalzar la memoria del más grande luchador por las libertades del pueblo que hoy hace 19 años bajó al sepulcro, dejando en nuestra patria una huella profunda y luminosa.

Cuando en la selva intrincada y oscura que es la vida, encontramos un hombre superior que nos señala con dedo certero el verdadero camino del deber; cuando el sollozo amargo y el grito de dolor que lanzan los martirizados de todos los siglos, los atormentados de todos los países, los perseguidos de todos los tiranos, encuentran eco en un corazón que sabe amar; cuando los proscritos del banquete de la civilización, abandonados, hambrientos y desnudos, encuentran una mano protectora que los invita a levantarse del fango en que yacen sumergidos, nos detenemos admirados y nuestra alma se arrodilla y venera al ser egregio.

Así fue Emiliano Zapata. Su corazón sensible y generoso latió con los sufrimientos de los humildes. Su mente, clara y serena, sembró de ideas redentoras la conciencia del pueblo. Su elevado espíritu religioso comprendió el significado de la vida y supo amarla en lo que tiene de más grande: el hombre.

Por esto el partido de la humanidad se asoció a él; el partido que no reconoce frontera, porque es universal; el partido que no hace distinciones entre los hombres, porque a todos considera esencialmente iguales; el partido que no se corrompe con el oro de los ricos, ni con el poder de los

tiranos, porque busca la felicidad de todo el género humano; el partido que no adula a los poderosos, que no engaña a los ignorantes, que no se somete a lo que es bajo, indigno, inmoral, porque tiene por ideal la dignidad humana y sus raíces hincan muy hondas en el corazón de los pueblos; este partido siempre triunfante a través del tiempo y del espacio dio su poderoso aliento al héroe en su lucha titánica contra la opresión y la injusticia.

Pues que, la armonía que existe en los astros infinitamente grandes y en los átomos infinitamente pequeños, ¿no habrá de existir en los hombres, que son los seres más perfectos de la Creación? Pues que, ¿no somos todos iguales en el dolor y en la alegría, como también en las necesidades que nos impone la naturaleza, en las aspiraciones que nacen como hermosa floración en nuestra intimidad y en el común destino que hemos de cumplir? ¿No tenemos una misma estructura corpórea: brazos para trabajar y alimentar nuestra boca, cerebro para pensar y corazón para sentir? ¿Puede concebirse siquiera distinción alguna esencial entre amos y esclavos, siendo como son unos y otros personas e hijos de Dios? Desnudos estamos al nacer; la desnudez del niño, de todos los niños, ¿no es la naturaleza proclamando esa igualdad fundamental ante la vida? La razón nos dice que sí. ¿Por qué, pues, no somos todos libres y dueños de nuestro trabajo, libres de nuestras acciones y pensamientos, partícipes por igual de los dones del mundo y de los beneficios de la civilización? ¿Por qué aún hay esclavos sin cultura, sin libertad, sin alegría, atados con cadenas forjadas por leyes absurdas a la hacienda o a las máquinas de las fábricas?

Se dice que Dios así constituyó las sociedades humanas y que hay que resignarse, pero los que a tal engaño recurren blasfeman y fingen olvidar que el Divino Maestro, eterno de perfección que adorará siempre el género humano, fue el amigo de los pobres, su defensor más ardiente, que nació en



un establo, llamó padre a un artesano, vivió la vida de los humildes, buscó por apóstoles a simples pescadores, propagó su doctrina entre el pueblo trabajador, cual si hubiera querido redimir especialmente al trabajo de su envilecimiento y desprecio. ¡No! No ha sido Dios el culpable, sino la codicia de los hombres que lo mismo envenena la vida complicada y compleja de las grandes urbes que la apacible y tranquila de los campos; la codicia que ha causado las mayores tragedias de la historia; la ambición desenfrenada de oro y de placeres que desune a los hombres y destruye los hogares, que corrompe a la mujer, y deja en el mayor desamparo al niño y al inválido, que aparta a la hermana de la caridad del enfermo y al sacerdote de su misión evangélica, que degrada las artes, deforma la belleza, prostituye el talento, apaga las creencias y ahoga en el pecho la plegaria.

Pero en esta incesante lucha del bien y del mal, el partido de la humanidad que sufre y trabaja obtendrá la victoria y arrancará al privilegio y a la tiranía las prerrogativas supremas de las naciones. Las armas de todos los ejércitos y la autoridad de todos los déspotas no impedirán que el trabajo creador de las riquezas espirituales y materiales, que el trabajo que sostiene la vida y la civilización, conquiste el cetro del mundo. A la revolución de las conciencias ha seguido en toda la tierra la revolución en los hechos que barrerá con las instituciones caducas y antisociales que usurpan al producto su natural recompensa y detienen con su enorme paso el avance del progreso.

La memoria de Emiliano Zapata, símbolo de la libertad augusta, florecerá en las almas de los mexicanos y será siempre una promesa de vida, de paz y de ventura.



La sangre del mártir¹

Román Badillo



¹ N. del E.: La edición original indica que se trata de un fragmento de la novela “próxima a publicarse”, *El bandido de la libertad*; sin embargo, no tenemos conocimiento de que ésta se haya publicado hasta el día de hoy.

No era fácil para don Venustiano Carranza la pacificación del estado de Morelos pues llegó al convencimiento de que Zapata era no sólo incorruptible, sino hasta casi invencible en aquella región que sólo él conocía y dominaba. Ante estos temores de seguro que don Pablo González se había dado cuenta de ellos, y consideró, a no dudarlo, que la muerte de Zapata halagaría al Primer Jefe, a la vez que eclipsaría a Obregón en su preponderancia de caudillo victorioso, y con este hecho de “armas” creyó que podría fácilmente inclinar la voluntad de don Venustiano a su favor, así como la de los terratenientes que habrían de considerarlo como el benefactor de la República.

Matar a Zapata, decían, era acabar con el zapatismo, y por lo tanto con el agrarismo; pero hacerlo en campo de batalla era casi imposible y ponerse en ridículo, y por eso habría que acudir a otros medios, por malos que fueran, el fin habría de justificarlos; el carrancismo urdió el crimen, el asesinato del Caudillo invencible, sacrificando para ello previamente a otras vidas inocentes.

Dentro de sus subordinados encontró don Pablo a su hombre: el coronel Jesús Guajardo, oficial de todas sus confianzas y cómplice en muchas de sus “acciones de su guerra”; hombre tan perverso, como su jefe, que mandaba por sadismo, que no tenía escrúpulos y que desconocía el honor, y todo lo alto y todo lo digno.

Para representar con maestría la comedia, Jesús Guajardo aumentó sus crímenes, sus desmanes, y don Pablo, dando

pruebas de una disciplina, que él mismo desconocía, fingió ejercer represión sobre el subordinado inmoral, al grado de que éste, sintiéndose lesionado en su “honor”, optó por volteársele a su jefe, adhiriéndose a la causa de Zapata. Logró el infidente inspirar por lo menos dudas al mismo Zapata, que esto ya era éxito, y continuando la comedia, empezó el ataque a las fuerzas del mismo general Pablo González llevando su audacia hasta el crimen de atacar a la guarnición de Jonacatepec, integrada por fuerzas del mismo González derramando mucha sangre de sus mismos correligionarios carrancistas que estaban ignorantes de la perfidia de sus jefes. El general Zapata desde las alturas de Jantetelco presenció el ataque y la toma de la plaza, admiró la valentía de Guajardo, y llegó a la convicción de que no había duda, que dicho coronel había roto lanzas para siempre con el carrancismo y abrazaba la causa del pueblo, y lo aceptó como a su correligionario.

No valieron los espionajes de mujeres y ancianos; ni las advertencias que le hicieron a Zapata, pues a gritos le dijeron que era sólo una trampa la rendición del sicario, y que la sabían de buenas fuentes; pero todo fue inútil, “sólo eran argüendes”, decía Zapata, y contra su costumbre de hombre desconfiado, admitió en sus tropas al criminal. El hecho de “armas” era digno de celebrarse; había que premiar el arrojo del soldado neófito en la causa agraria, que había quitado brazo a brazo una plaza al enemigo. El pablita fue acercándose al general Zapata hasta el grado de que éste hacía a un lado cuantas advertencias le hacían acerca de la falsedad del carrancista, contestando “que no tuvieran cuidado, que él tenía la convicción de que, si el sacrificio de su vida era indispensable para el triunfo de la causa, no habría de rehuirlo; que tuvieran en cuenta de que los norteños no lo pasaban y que trataría siempre de destruirlo por el hecho de haber imperado por muchos años en aquella región, y que por atacarlo a él, atacarían al agrarismo”.



Para el día 10 de abril de 1919, el coronel Guajardo lo había invitado a un almuerzo que habría de celebrarse en la hacienda de Chinameca, y el jefe había aceptado el convite: y fue haciéndose acompañar únicamente de reducida escolta.

Y cuando el caudillo llegaba a la puerta de la hacienda en donde los soldados de Guajardo presentaban armas como haciéndole los honores debidos a su alta jerarquía militar y mientras los clarines lanzaban al aire las notas de la marcha de honor, sonaron una, varias descargas y el general Zapata cayó muerto para siempre...

Así cayó para siempre aquel mestizo de carácter de acero, que durante nueve años cargó sobre sus hombros la pesada cruz del oprobio civilizado; así boqueó en un segundo el que sostuvo cruenta y desesperada lucha, llevando de montaña en montaña, de barranca en barranca, el lábaro santo de la causa agraria: allí terminó la misión de aquel prócer, hijo de raza, en alma y en ideales del inmortal José María Morelos y Pavón.

Los ejércitos habían sido impotentes en campaña para exterminarlo y vencerlo; era necesario acudir al crimen; la guerra no había podido reducirlo y para derribar a tal hombre fue necesaria la traición, que... exaltó a la víctima y enfangó a los victimarios.

Los luchadores que lo acompañaban jugaron su última carta; trabaron sangrienta contienda con los asesinos, pero todo fue inútil: la superioridad de éstos y la desmoralización de aquéllos obligáronlos a remontarse en completa derrota, ya sin su Jefe.

¿Zapata habíase mareado por el triunfo de Guajardo en la toma de Joncatepec o incurrió en uno de tantos errores, como hombre al fin? Seguro es que había llegado al fin de su jornada de sostenedor de la lucha agraria; pero el hecho es que el jefe suriano, para sellar su ideal, derramó su sangre, como lo había ofrecido, y tal parece que el suelo



de aquel estado de Morelos reclamaba esta sangre, que el mismo caudillo fue regándola aún caliente, para fertilizar con ella aquel suelo que había sido testigo y teatro de tantas tragedias y de tantos sacrificios. El asesino ebrio de sangre y de triunfo, colocó el cadáver sobre el mismo caballo negro de Zapata, aquel que lo salvara cien veces de la muerte, y sobre él fue llevado de Chinameca a Cuautla, chorreando sangre en el trayecto del camino como lo había predicho el mártir; iba hacia la histórica Cuautla aquel despojo mortal del que fuera defensor de los derechos agrarios, y terror de los enemigos de esta causa; iba con el paso marcial de su potro, que rabioso piafaba, hasta el lugar lleno de tradiciones y de tanta gloria; allí en donde encontrábase sonriente el general Pablo González en espera del fruto de su traición, y de aquella “acción de armas” sin gloria, y sí, de eterna ignominia para sus autores.

Mucho ha de haber valido en el ánimo de don Venustiano Carranza la personalidad de la víctima de semejante felonía, cuando por cable se transmitió a Europa y oficialmente a los cuerpos diplomáticos, lo mismo que a las Américas, tan fausta noticia, porque con tal “hecho de armas” quedaba consolidada para siempre la paz de la República y por muchos años, según el decir de los asesinos de Zapata; los rotativos capitalinos al fin podrían cantar victoria y declaraban que quedaban vengados los crímenes de la Cima y de Ticumán; los periodistas asesinados podrían estar satisfechos: estaban ya vengados, pues con la muerte del autor de semejantes crímenes, el zapatismo había muerto para siempre, sin tener en cuenta lo que la misma víctima había dicho: “el zapatismo era ya agrarismo y éste no moriría, al morir Zapata”; con rapidez vertiginosa cundió la noticia de aquella “acción de armas” que había acabado con la vida del “Atila del Sur”; los periódicos en tiros ordinarios y extras llenaban sus columnas con relatos épicos; el general



Pablo González se frotaba las manos de satisfacción, era el hombre del día y de la gloria; sólo él había logrado lo que muchos altos jefes habían pretendido sin éxito: la muerte de Zapata; por eso era ya él “el invicto”, “el hombre nimbandado por la gloria y por la gratitud de la Patria, era la honra y prez del ejército carrancista”.

Don Pablo González con ese triunfo no podría menos que estar satisfecho; creía haber derrotado mortalmente al héroe de Celaya y descartado al precandidato presidencial, ingeniero Bonilla: es decir, que con tal “hecho de armas” pesaba mucho ya en el ánimo del Primer Jefe y creía ver la gloria que le sonreía y a la silla presidencial que lo llamaba: se acercaba el momento del coronamiento de sus anhelos.

Aparte de lo dicho por los rotativos periodísticos, las musas ciudadinas y campestres se encargaron de cantar los hechos sangrientos; aquéllas en forma de epopeya; éstas en forma de alegría.

Muchos fueron los corridos ciudadinos que se imprimieron, narrando la muerte de Zapata, pero siempre cuidándose de atacar a los autores de tan nefando crimen.

En cambio la musa silvestre fue más atrevida, fue dura y cáustica hasta el grado de señalar airada con dedo de fuego a los autores del asesinato reprobable. Hubo muchos cantores en las selvas, pero más elegíacos que sonoros; todos lloraron en el campo y en la montaña la muerte del caudillo de la causa agraria, todos señalaban al carrancismo, como al autor responsable del crimen, y con toda precisión, sin temores, ni ambages.

Entre los cantores de la tragedia de Chinameca, allá entre los pueblos del sur, descolló don Marciano Silva que hizo gemir su bajo con su canto, condensando la tragedia sangrienta en las siguientes notas:



EL MÁRTIR DE CHINAMECA

Escuchen, señores,
Escuchen, señores,
Mi último canto,
Que destila llanto,

Los viles traidores
segaron la vida
que fue muy querida
de los sembradores.

Mas... sabed, campesinos,
que cayó Emiliano
por los asesinos
De Don Venustiano.
Pero es golpe que mata,
En acción desleal,
A sólo Zapata.
Pero no a su ideal.

Escuchen, surianos,
Escuchen, hermanos,
¡Maldición! ¡Venganza!
Clamorean los llanos
Contra de Carranza.

¡Adiós!; me despido
Con este corrido;
Dormiré mi canto
Pidiendo venganza
Contra de Carranza
En... el camposanto.



La ecuanimidad de Zapata

General de brigada Encarnación Vega Gil



Con sencillez, sin el rebuscamiento de palabrería que hoy se estila, sin metáforas literarias, quiero exponer mi sentir sincero acerca del aquilatamiento que, por fin, se está haciendo de la Revolución Agrarista Suriana que sostuvo por cerca de 10 años el inolvidable jefe y caudillo aguerrido, Emiliano Zapata.

Hombre surgido de la gleba, sabía de los pesares y sinsabores de ésta, sus manos encallecidas al guiar un arado o por las herramientas sabían estrechar con cariño fraternal las de sus compañeros de labor ya que todos, por igual, regaban con el sudor de sus frentes los surcos donde germinarían los granos que darían opima cosecha, benéfica exclusivamente para su eterno explotador: el latifundista.

Los que tuvimos la honra de militar a su lado, de saber de los sinsabores de esa campaña que propugnaba por la redención de los hombres del campo de la inicua esclavitud a que se les tenía sujetos, nos compenetramos de la grandeza de su ideal; y siempre estuvimos dispuestos a ofrendar nuestras vidas para que el lema que nos servía de bandera: "Tierra, Libertad, Justicia y Ley", se trocara en bella realidad. ¡Y fueron casi dos lustros de lucha tenaz, hasta que la artera reacción encontró los instrumentos que habían de servirle y en felona emboscada segar una vida llena de nobles sentimientos!

El Jefe cayó exánime; los que militamos a sus órdenes, estuvimos postergados por los nuevos dictadores, hasta que el actual Primer Magistrado, señor general Cárdenas —otro hombre cuyo corazón late al unísono del de las clases labo-

rantes—, compenetrado de la grandeza de aquel movimiento reivindicador, empuñó valiente y serenamente el pendón agrarista recogido por el ecuaníme divisionario don Gildardo Magaña en Chinameca; y como aquel jefe inmortal ha dicho: la tierra es para quien la trabaje.

Cuando éramos objeto de la más tenaz persecución, cuando el enemigo prácticamente nos tenía copados, una tarde en que estábamos el Jefe Zapata y yo hablando de nuestra crítica situación, se me ocurrió sugerirle que nos remontásemos a la región de los volcanes y a la vez se hiciera circular la noticia de que él se había marchado con rumbo a Guatemala, abandonando la campaña.

—¡Eso, jamás! —me contestó en forma bondadosa pero enérgica; agregando estas palabras que con buril de fuego han quedado grabadas en mi espíritu: —Yo moriré con ustedes, como el último soldado.

Los años han pasado; la Historia está dando a Emiliano Zapata el puesto que legítimamente le corresponde; y nosotros, los que lo seguimos, los que con él compartimos privaciones y escuchamos palabras despectivas, nos sentimos hoy llenos de legítimo orgullo al ver que nuestros esfuerzos no fueron inútiles, que los sueños de entonces se están convirtiendo ahora en bellas realidades, y que el nombre de nuestro inolvidable Jefe es pronunciado con el respeto que se merece y glorificado el Plan de Ayala que sellara con su sangre.

Y si mañana, la reacción que no desperdicia oportunidad, pretendiera nuevamente nulificar la magna obra realizada por el zapatismo y hábilmente secundada por el señor presidente Cárdenas, aunque agobiados por los años, los viejos luchadores no vacilaríamos un instante en empuñar de nuevo el fusil, marchando a la montaña a defender lo que tantas vidas costara, lo que sirvió de norma a Emiliano Zapata para redimir las clases oprimidas que hoy enaltecen su memoria.

La muerte como principio de la inmortalidad

Licenciado Ramiro Mendoza L. Schwerdtfeger



El nombre de Emiliano Zapata, más que el de un caudillo, grande entre los grandes, ha pasado a la categoría de enunciado de un símbolo.

Símbolo de noble rebeldía; de abnegación heroica; de tenacidad inquebrantable; de desinterés inconcebible, en estos tiempos y en todos los pasados; símbolo, en fin, de reivindicación, dignificación y libertad verdaderas, para la gleba de los campos.

Y si grande fue Zapata, como revolucionario, como encarnación del ideal campesino, es inconmensurable.

Él completó y dio forma concreta, con su acción agraria, a la obra grandiosa pero trunca, del padre Hidalgo. La independencia política de la Nueva España, nada podía significar para la verdadera felicidad del gran pueblo mexicano, sin la emancipación económica.

Él se encargó de salvar y sostener los principios proclamados por el Apóstol de la Democracia don Francisco I. Madero, cuando aquellos principios estuvieron a punto de naufragar y de hecho fueron olvidados, bajo el gobierno de aquel hombre, que buen revolucionario, no supo ser buen gobernante; que sincero, sirvió de instrumento a intereses bastardos; que con una gran visión del porvenir, fue ciego para las realidades del momento.

La obra revolucionaria de Madero, se hubiera extinguido igual que se extinguió la vida humana del Apóstol, si Zapata no hubiera tomado sobre sí, la tarea de salvarla, conservando sus principios en toda su pureza y convirtiéndolos en bellas realidades.

La obra de la Independencia del pueblo mexicano (no la de México), se inició con Hidalgo, continuó con Madero y culminó con Zapata.

Los tres, como caudillos, fueron grandes y esforzados; los tres, como hombres, fueron mártires sublimes; pero sólo uno entre los tres fue consumidor glorioso de tan inmensa obra. Éste fue Emiliano Zapata.

Su acción agraria no sólo fue la primera, verdadera y efectiva, en nuestro México, sino en el mundo entero, entendiéndose el sentido de aquella primacía, no en razón al tiempo en que la acción fue producida, sino a la magnitud gigantesca de la misma. Su trascendencia va mas allá de nuestras fronteras: ahora el mundo entero.

Ella es de necesidad apremiante y angustiosa, donde quiera que existan hombres oprimidos. ¿En qué lugar del mundo no los hay?

Y si la opresión es más ostensible en las ciudades, mucho más infame, agobiante y oprobiosa es en los campos, donde el aislamiento y la ignorancia ayudan a encubrirla.

Es por esto que la emancipación de nuestro pueblo debe cimentarse primordialmente en la emancipación del elemento campesino, que es la gran, la inmensa, la absolutamente mayoritaria masa de nuestro proletariado.

Así lo comprendió el claro entendimiento del general Zapata; así lo sintió su generoso corazón y de aquella comprensión y aquel sentir, surgió la vigorosa acción que había de culminar con la consumación de la obra libertaria de mundial trascendencia y perdurabilidad e inextinguible, que hacen de Zapata, no un caudillo, no un héroe, no un superhombre, sino un símbolo.

Campesinos de todos los países: en el aniversario luctuoso de la muerte del hombre, saludemos el surgimiento del símbolo glorioso y libertario, que significa Emiliano Zapata.

In memoriam

Coronel Carlos Reyes Avilés



Puede comparársele al diamante en bruto, que si se acerca a la luz ésta brilla más que él y, sin embargo, bien estudiado, él vale y brilla mucho más que la luz. Así a mí, me parece Zapata el diamante y el Indianismo la luz.

WILLIAM GATES

En estas bellas frases de sinceridad, el ilustre sabio americano refleja su impresión personal del Caudillo.

Desde hace un año, Zapata, traicionado, hecho mártir en Chinameca, ha desaparecido del mundo de los vivos. Pero, no parece sino que su causa, celosa de los destellos diamantinos, guarda el brillo de su nombre. Por eso agrarismo es sinónimo de zapatismo.

Y mañana, cuando la tragedia fratricida que nos divide, haya finalizado con el epílogo en que sea protagonista la Justicia, el diamante en bruto, pulido ya por las manos de ese artífice maravilloso que se llama Tiempo, será la estrella tutelar de los mexicanos unidos.

Campamento de la Sierra de Puebla.
10 de abril de 1920.

Apóstol y caudillo

Vicente de P. Cano



Vino de tierra abajo, del sinuoso barbecho regado con sudor y sangre de esclavos sujetos a jornal exiguo, de las molindas de caña en que la sabrosa y aromada miel brotaba de los trapiches morelenses mezclada con la roja sangre de los parias.

Su infancia fue atormentada por la tortura de ver el látigo del capataz crugir sobre las espaldas del labriego, su juventud fue un relámpago de ira iluminando las injusticias de su época, mirando cómo los terratenientes del estado de Morelos labraban fortunas y se enriquecían desmesuradamente a costa de la miseria y del dolor de los explotados.

Creció y su espíritu se fue nutriendo con el salobre amargor de las angustias y sufrimientos ajenos, sintiendo también en carne propia el acicate de las privaciones y el látigo de las injusticias.

Ya hecho hombre y en pleno movimiento maderista, adquirió a costa del dolor semblanza de apóstol y talla de caudillo y fue a predicar a la montaña con la elocuencia del 30-30 el evangelio de la igualdad y la doctrina libertaria del pleno disfrute de la tierra.

Así fue la gestación y el desarrollo de este centauro de las montañas morelenses que montado en brioso caballo y vistiendo el traje típico de nuestros charros nacionales, supo mantener en su diestra, erguida y en alto, la seña de las reivindicaciones agrarias para todos los desheredados que barbechaban el surco que no era suyo y que nacían y morían esclavos, sin tener siquiera derecho al abrigo cariñoso de la

Eterna Progenitora que hacían fecunda con el sudor de su frente.

Pero un apóstol de este temple y un caudillo de esta talla, forzosamente tendría que caer abatido por las acometidas furiosas de la traición y de la perfidia; la reacción humillada y vencida no podía perdonar al hombre fuerte que le había arrebatado de las garras las preesas de su dominio y buscando en el fondo negro de la deslealtad y del delito, encontró al judas miserable que por las 30 monedas de la infamia, había de sacrificar a la generosidad y al heroísmo hechos carne en la personalidad del revolucionario morelense.

Y en pleno meridiano del mes de abril, cuando el sol reverberaba en la plenitud de sus rayos, una descarga certera disparada a mansalva desde las encrucijadas de la cobardía, segó frente al casco de la hacienda de Chinameca la vida del integérrimo suriano, vida inmaculada y pura que no se manchó con el oro de la corrupción y del peculado, y que todavía caída al choque de las balas asesinas, infundía terror pánico a sus gratuitos enemigos.

Cayó Emiliano Zapata en la negra emboscada de la traición, pero de las grietas de su sepulcro brotaron rayos de luz que siguieron marcando rutas de liberación a los explotados y a los oprimidos: cayó el adalid suriano, pero en la tierra removida de su tumba nació la guía de la revancha para seguir pugnando por la posesión y el pleno goce de los frutos de la tierra y Magaña, Mendoza, Capistrán, Saavedra, y otros mil discípulos del muerto continuaron en pie defendiendo sus principios y proclamando su doctrina.

Cruentos, amargos y dolorosos fueron los instantes que tuvieron que vivir los sostenedores y guardianes de la causa zapatista; pero al fin recogieron en abundantes frutos la ardua siembra de esfuerzos y privaciones; perseguidos, vagando de cerro en cerro y de montaña en montaña, pero siempre alimentando la fe de las causas nobles y justas, los tenaces



sucesores del ideal agrario, pudieron demostrar ante los ojos de la nación entera que la sangre del Caudillo no había caído en terreno estéril, puesto que ahora florecía en una eclosión de rosas y en una cascada de pétalos por la liberación de los humildes.

Entre los documentos libertarios que nos legara ese movimiento emancipador, ocupa un lugar principalísimo el Plan de Ayala que ha servido de calca y de relieve a la acción revolucionaria del Caudillo del Sur y después de lábaro de combate a los que continuaron en pie defendiendo la posesión integral de la tierra para los campesinos que la trabajan con sus manos.

Si el movimiento zapatista no tuviera en su haber doctrinas brillantísimas que son un génesis de libertad en la ruta de los pueblos, ese solo documento bastaría para justificarlo.

Nada importa que sobre la memoria del íntegro revolucionario se acumule una pirámide de odios y una montaña de calumnias, queriendo restar prestigio al que es el prestigio mismo; nada importa que la reacción aülle con el alarido de la impotencia intentando macular lo que no tiene mancha: Emiliano Zapata vivirá tanto en la Historia de la Revolución como viva la esmeralda de nuestros campos y el cobalto de nuestros cielos, como vive el joyel estrellado de nuestras noches plenilunares y el rubí encendido del atardecer de nuestros crepúsculos...

Mientras haya un peón manumido del yugo del salario, mientras haya un campesino que disfrute en propiedad la posesión de una parcela de tierra, mientras haya un indio que sienta rotas en sus manos las cadenas de la tradición y del pasado, el nombre de Emiliano Zapata será pronunciado con veneración y con respeto y su silueta de libertador irá a la vera del camino, montado en brioso caballo, señalando a los pueblos irredentos la senda del progreso y el talismán de la victoria.



Y su figura bizarra y denodada, vistiendo la indumentaria típica de nuestros charros nacionales, irá marcando rutas de fuego y senderos de luz a los tímidos y a los retrasados, con aquellas redentoras palabras: “Tierra libre para todos sin capataces y sin amos...”. “Dígales a los pueblos que mientras yo viva serán tuyas las tierras y que cuando muera, no confíen sino en su propia fuerza y que defiendan sus ejidos con las armas en las manos”.



Tierra y Libertad

Justino N. Palomares



En aquellas épocas aciagas de vivo peligro para los revolucionarios, en aquellos tiempos en que cada hombre que se erguía protestando contra las injusticias era bautizado con el epíteto de “latrofacioso”, los insurgentes del sur fueron “latrofaciosos”, “bandoleros” y demás motes que inventaba la jauría; porque los “bandoleros” de ayer, son los reformadores de hoy, ya que así se puede llamar a los que han sido la causa de que en la actualidad, se sigan repartiendo en el norte y en el sur, en el oriente y en el poniente, las tierras que antes eran de unos cuantos y que según el dictado de la madre Naturaleza, deben de ser para todos.

Aquellos que plenos de miserias y hartos de ideales recorrieron montañas y selvas a la vera de Emiliano Zapata, fueron quienes menos merecían el cargo de bandoleros: ellos que apenas obtenían lo necesario para sus personales exigencias; ellos que no supieron de violar doncellas como lo hiciera un troglodita como Guajardo; ellos que por insinuaciones de sus jefes y por sus mismas convicciones hacían que la moralidad y el orden imperase en los puntos que dominaban y lo que es más, que acogieron en sus huestes y en su intimidad a hombres inteligentes que comprendiendo la trascendencia del movimiento, no tenían reposo para alentar con sus sabios consejos y con sus rotundos ideales.

Lástima grande que el general Zapata no haya sido comprendido hasta su muerte. Es que las frases del inmortal poeta Salvador Díaz Mirón son eternas, cuando decía: “El mérito es el naufrago del alma: vivo se hunde, pero muerto,

flota". Emiliano Zapata necesitó ser cadáver para que sus hechos flotasen en el mar encrespado de la Revolución; necesitó que un Carranza urdiese el crimen, un Pablo González le diese forma y un descalificado como Guajardo lo llevase a la práctica, para que Emiliano Zapata, con la humildad que lo caracterizó en vida, se inmortalizara, siendo hoy y lo será en el futuro, el ejemplo más vivo de los redentores, que sin alardear de ilustración, sin haber conocido las aulas, se convierten por obra del Destino, en los defensores sinceros de los parias que por muchos años sufrieron los rebenques de los déspotas.

Naturalmente que hoy, que la obra magna de Emiliano Zapata está acrisolada; hoy que se ha visto su clarividencia para provecho de los humildes, no faltan quienes se conviertan en apologistas en prosa y verso; pero éstos, están señalados por la opinión pública, por los verdaderos agraristas, pues que sabemos, lo mismo espolean su audacia para hacerle un corrido al general Zapata, que a otros que jamás lo imitaron.

Zapatistas latrofaciosos de ayer: No recuerdeis el 10 de abril de 1919 con tristeza; seguid recordándolo año por año en este aniversario con pleno y sincero júbilo, puesto que el vulgar asesino Jesús Guajardo les dio la oportunidad de que su jefe se inmortalizara, y lo que es más, que triunfaran olímpica y realmente sus doctrinas, como las está haciendo triunfar el actual primer mandatario del país.

Sigan siendo latrofaciosos y bandidos; sigan para los enemigos del campesinaje figurando como irremisibles, ¡nada importa!, si en lo más hondo de su alma llevan el orgullo de haber acercado a la montaña de la revolución agrarista, el grano de arena que está formando la montaña a la que va ascendiendo sin fatigas todos sus hermanos los campesinos de la República.



La semilla que hace 100 años sembrara el generalísimo Morelos y que el general Zapata cultivó, seguirá dando sus frutos para llenar el granero nacional, en cuyo frontispicio fuljan radiantes estas simbólicas palabras: ¡Tierra y Libertad!



Ecce Homo Emiliano Zapata

Coronel Juan Torices Mercado



Con la satisfacción que se tiene cuando se ha luchado a las órdenes de un idealista de gran magnitud, con la honra que siente quien estrechó la mano del Caudillo y codo con codo marchó con él en pos del triunfo, rindo mi humilde pero muy sincero homenaje a la memoria del gran visionario de Anenecuilco, general Emiliano Zapata, aquel que en su niñez, en un raptó de desesperación jurara que cuando fuera grande lucharía para devolver al pueblo las tierras que los hacendados les habían robado.

Hoy los campesinos de todo el país pronuncian su nombre con gratitud y los que luchamos a sus órdenes con las armas en la mano, lo recordamos con veneración, porque a la vez que nuestro jefe, a la vez que caudillo de un pueblo oprimido y vejado, fue apóstol de una idea y amigo de ese pueblo por el que luchó hasta morir asesinado por un Judas.

Y sin que hayamos tomado participación directa en la venganza, hemos visto cumplida aquella sentencia que dice: "Con la vara que mides, serás medido", y los 30 dineros pagados por el crimen se convirtieron en ceniza.

La experiencia sufrida nos gritará siempre ¡Alerta!, para evitar que los felones de ayer repitan su hazaña, porque ellos serán siempre como fueron, aunque vayan por el mundo eludiendo la mirada de los hombres honrados.

El desconcierto que de momento ocasionó la muerte del Caudillo, felizmente no tuvo las consecuencias deseadas por los asesinos; la sangre derramada en Chinameca, vigorizó los esfuerzos de aquellos luchadores y la bandera que

el enemigo creía destrozada para siempre, fue recogida por un puñado de valientes y puesta en manos de un hombre de inquebrantable fe y firmes convicciones; cualidades paralelas a las del Apóstol asesinado a las que adunaba una cultura bien preparada y fue reconocido como nuevo Jefe de la Revolución Agraria; éste fue el general Gildardo Magaña.

Los grandes movimientos revolucionarios que no han llevado como bandera el provecho personal de sus jefes, que no han utilizado el sacrificio del pueblo que los acompañó en la lucha para satisfacer ambiciones de lucro o de poder, han tenido como base primordial de su programa, acabar con el acaparamiento de la tierra y dar al que la trabaja porque es quien la necesita.

La lucha por la tierra fue el principio del movimiento encabezado por Emiliano Zapata, lo vemos lanzarse a la Revolución siguiendo los principios del Plan de San Luis que en su artículo 30 ofreció la devolución de las tierras usurpadas por los terratenientes y la repartición de ella a los trabajadores del campo. Y a la cabeza de un puñado de campesinos de Morelos secundó ese Plan que fue al fracaso, porque las grandes ideas cuando no se llevan hasta su triunfo definitivo, fracasan irremisiblemente.

Como el Plan de San Luis trataba especialmente del cambio de gobierno, los revolucionarios del sur consideraron indispensable hacer más claridad en los motivos fundamentales que el pueblo tenía para levantarse en armas, y proclamaron el Plan Político Social el 18 de marzo de 1911, que entre otros artículos contenía los siguientes.

VIII. —Se protegerá en todo sentido a la raza indígena, procurando por todos los medios su dignificación y su prosperidad.

IX. —Todas las propiedades que han sido usurpadas para darlas a los favorecidos por la actual administración, serán devueltas a sus antiguos y legítimos dueños. X.— Se aumentarán



los jornales a los trabajadores de ambos sexos tanto del campo como de la ciudad en relación con los rendimientos del capital [...]. XI. —Las horas de trabajo no serán menos de ocho ni más de nueve[...]. XII. —Las empresas extranjeras establecidas en la República, emplearán en sus trabajos la mitad cuando menos de nacionales mexicanos[...]. XIV. —Todos los propietarios que tengan más terrenos de los que puedan o quieran cultivar, están obligados a dar los terrenos incultos a los que los solicitan.

Me he referido preferentemente a estos artículos del Plan Político Social, porque en ellos se ve que los revolucionarios del sur tenían una visión más clara de las necesidades del pueblo y así ha ido desarrollándose el programa de la Revolución.

Y se realizó el milagro de levantar a los desheredados en lucha por la conquista de sus derechos. Y Emiliano Zapata, en poco tiempo se convierte en Jefe de varios millares de soldados improvisados, más bien dicho, de hombres que se rebelan contra la tiranía de un gobierno protector de sus verdugos.

Pero Madero al sentirse vencedor, pacta con el gobierno en Ciudad Juárez, con menoscabo de las aspiraciones de la Revolución y el jefe de aquellos campesinos continúa la lucha contra el nuevo gobierno reclamando la repartición de tierras.

Es que Zapata no era de los que convierten los ideales en monedas; era, como dijo en una ocasión el profesor Urbán: “Emiliano Zapata, es uno de esos predestinados que vio un mundo mejor a través de igualdad social”.

Y para encadenar su imaginación de idealista sincero, para desvirtuar su hechura de libertador, Madero le ofreció una hacienda, dinero, una escolta para cuidar su persona y los gastos de un viaje al extranjero, como si fuera posible encadenar las ideas. No, en aquel hombre sólo había ideas de libertad; las ambiciones personales son de los espíritus mezquinos. ¡Cuántos compañeros de entonces abandonaron



la lucha a cambio de un sueldo! Pero la Revolución no se detuvo y siguió su curso arrollador.

Apareció entonces *El Pensamiento de la Revolución*, escrito por el licenciado Emilio Vázquez Gómez, pidiendo tierras para los hombres del campo; con esa claridad de idealista que tenía dicho abogado veía que para llevar al triunfo la Revolución, era necesario repartir la tierra. Y otros muchos campesinos se lanzaron a la lucha al grito mágico de guerra: ¡Viva Zapata!

Y al reanudar la lucha, justificando ante el mundo que las aspiraciones de la Revolución habían sido burladas, proclamó el Plan de Ayala, que sirvió de bandera hasta el triunfo definitivo de la causa agraria, que ya estamos viendo realizarse gracias a la buena fe de un revolucionario sin tacha: el general Lázaro Cárdenas.

Madero cayó asesinado por el traidor Victoriano Huerta y al apoderarse éste del gobierno, envió a Zapata proposiciones de paz, que para otra clase de hombres fueron tentadoras, no para él. Sólo los ambiciosos de mando y dinero se rindieron a las tentaciones.

Pero Emiliano Zapata se irguió con la dignidad de hombre puro, y a las proposiciones de paz contestó con un escupitajo al rostro de Huerta, diciéndole:

Los destinos de una Nación no pueden quedar en manos de aquellos que para estancar su progreso, sofocar y apagar los fuegos de la Revolución, apelan a un terrorismo propio de los tiempos inquisitoriales, poniendo en juego quemazón de pueblos, coronamiento de racimos de cadáveres humanos en los árboles de los bosques, lo mismo que en los postes telegráficos, violación de mujeres en masa por la soldadesca federal y en fin otros crímenes que la pluma resiste a describirlos, díganlo si no, los pueblos de Morelos, Oaxaca y Chihuahua. Y la paz no puede hacerse con los ejecutores



de los mandatos de la tiranía conocida con el nombre de “legalidad” que a última hora la traiciona para entronizarse en ese puesto. Hay que pensarlo y meditarlo, poniendo la mano en el corazón de patriota que la paz no puede obtenerse cuando la ignominia mancilla nuestra frente y la tiranía con razonamientos sofísticos y promesas de espejismo trata de atarnos de pies y manos para después de exhibir el cadáver de Madero, el cadáver de la Revolución como segundo trofeo de su victoria.

Y la lucha siguió tenaz y devastadora, contestando cada golpe con otro y nuevos elementos acudieron al llamado del hombre que se había enfrentado a todos los tiranos, sin que hubieran podido seducirlo las tentaciones, porque en él había lo que es necesario para conducir a los pueblos a la lucha: madera de apóstol y sangre de caudillo.

Y por último, cuando esperábamos que la Revolución hubiera triunfado en todo su esplendor, cuando las campanas comunicaban la victoria y en Teoloyucan se firmaba la disolución del ejército defensor de aquel gobierno de asesinos que ha sido el baldón más negro de nuestra historia, el gobierno de Victoriano Huerta, nos fue puesta una valla de soldados, también revolucionarios, como diciéndonos: ¡No pasarán!

Y entonces el Jefe de aquella facción revolucionaria, pidió a Zapata que se rindiera incondicionalmente.

Pero la Revolución no podía detener su marcha y Emiliano Zapata contestó al señor Carranza que no había motivos para pedirle una rendición, que debería pedir la unificación de los elementos revolucionarios para organizar un gobierno que cumpliera las promesas que se habían hecho al pueblo.

Vine entonces a entrevistar al señor Carranza, pidiéndole que definiera su actitud hacia la revolución del sur y en el curso de la entrevista me contestó:



Yo no puedo reconocer los ofrecimientos que ustedes hacen en el Plan de Ayala, porque nosotros hemos luchado por el Plan de Guadalupe. Ustedes ofrecen repartir tierras a los pueblos y eso no es posible, porque uno reparte lo que es suyo, no lo ajeno. ¿Cuáles tierras tienen ustedes para que puedan repartirlas?

Así quedó cerrado el camino de la unificación y la guerra siguió. Y Emiliano Zapata, con sus huestes hambrientas pero con la fe en el triunfo, cruzó nuevamente los campos de Morelos sin claudicar de sus convicciones, hasta que hubo un Judas que aceptó los 30 dineros y consumó el crimen. Asesinó al Caudillo e inmortalizó al Apóstol.

Las grandes luchas libertarias no han sido emprendidas por hombres nacidos en cuna de oro sino por hombres que crecieron al calor del sufrimiento, y se han convertido en hechos por el sacrificio de hombres de corazón bien puesto, que despreciando los peligros desafían a sus verdugos y se enfrentan a la situación.

Morelos, el humilde arriero que recorriera las calurosas tierras costeñas de Michoacán y Guerrero, comprendió y sintió los sufrimientos del pueblo y en su oportunidad se lanzó a la lucha por su independencia.

Zapata, nacido en cuna humilde en el pueblecillo de Anequico, Morelos, sintió desde pequeño los sufrimientos del campesino y juró luchar hasta devolver al pueblo las tierras robadas por los hacendados, y en su oportunidad se lanzó a la lucha hasta asumir la responsabilidad de empresa, con el Plan de Ayala como bandera y como mira final “vencer o morir”. Ese fue el juramento de los que lo acompañamos.

Cárdenas, el actual presidente de la República, cierra la trilogía asumiendo la responsabilidad como revolucionario sincero, consumando el programa, llevando a los hoga-



res campesinos la satisfacción de ver que sus sacrificios no fueron estériles, entregándoles la codiciada tierra que tanta sangre costara. Sólo un hombre como el general Cárdenas se sintió capaz de desarrollar el programa revolucionario, porque él, como Morelos y Zapata, es hijo del pueblo, sintió el dolor del obrero y conoció el del campesino, se lanzó a la lucha armada como soldado de la Revolución cuando era peligroso declararse revolucionario, y no esperó el triunfo para acomodarse entre los vencedores.

Sólo los espíritus fuertes son capaces de echarse encima la responsabilidad de una lucha que destruya lo que una sociedad corrompida formó para explotar la miseria del hombre; sólo los hombres que han sentido como Cristo el dolor humano, son los bien intencionados que despreciando los peligros desafían a los tiranos y a golpe de fusil conquistan sus derechos.

Cuantas veces ha sido necesario empuñar las armas para dar al pueblo su libertad, no han sido los hombres llenos de mansedumbre los que fueron escuchados, sino los que despreciando la vida demostraron ser hombres.

Ahí está Emiliano Zapata; sabía que con palabras beatíficas y olor a incienso no se conduce a los pueblos a la libertad sino a la esclavitud.

Y sabiendo que los derechos de un pueblo no llegan nunca a su plenitud suspendiendo la lucha en mitad de su carrera, jamás aceptó proposiciones de paz que no garantizaran el cumplimiento de las promesas que la Revolución hizo al pueblo.

Cabe a nosotros la honra de haber afrontado en todo tiempo, en toda época por difícil y peligrosa que fuera, la responsabilidad de la participación que tomamos en la lucha armada y de la crítica calumniosa que siempre nos atacó con epítetos denigrantes.



Hecha la paz, siguió la calumnia con su dardo venenoso hiriendo nuestra idea; y seguimos, sin ocultar nuestra actitud porque sabíamos que era noble; y a cualquier lugar del país donde el vaivén de la vida nos llevó, allá fuimos con la frente muy alta, desmintiendo falsedades y haciendo saber que los verdaderos zapatistas no nos avergonzábamos de serlo a pesar de la crítica y de la calumnia, que por el contrario, estamos orgullosos de haber luchado al lado de Emiliano Zapata.



Inmortal

Reynaldo Lecona



Sobre la tumba se levanta la Gloria
Efectivamente, era indispensable la muerte del caudillo Zapata para que éste naciera a la vida de la inmortalidad. Como el Mesías que vino a redimir al mundo, Zapata vino a redimir al indio mexicano.

Zapata no ha muerto. Mataron al hombre; pero Zapata símbolo, vive y vivirá en el alma de la patria, en la inmensa extensión de sus tierras, en el corazón de todo buen mexicano.



Emiliano Zapata, apóstol

General Melchor González



A medida que como un vértigo pasan los días, la personalidad del general Emiliano Zapata se pone en relieve, como el sincero Apóstol del agrarismo en México, ya que no otro nombre sino el de Apóstol merece el hombre que arrastró muchedumbres desvalidas a oponer sus cuerpos y a regar su sangre con los anhelos de obtener una vida mejor que aquella miserable en que los tenían sumergidos los implacables latifundistas, afortunados consentidos del Gran Elector don Porfirio Díaz.

Se inició la Revolución de 1910. En la personalidad del señor Madero vislumbraron las clases oprimidas, principalmente los seres sufridos del campo su liberación. El general Zapata, juzgando que había llegado la hora para que su pueblo descubriera la aurora de su triunfo, fue uno de los primeros en unirse al movimiento y con sus contingentes carentes de elementos de boca y guerra inició la campaña del sur, llevando en vez de moderno armamento y potentes cañones, la fuerza de sus ideales, que debían cristalizar al correr de los años, en el verdadero triunfo de los campesinos.

Desgraciadamente, el señor Madero no supo, o no quiso comprender que la lucha más que cívica era agraria. Mareado con las voces de las sirenas reaccionarias, sugestionado precisamente por quienes debían desde luego ser descartados del gobierno revolucionario, tomó al general Zapata como un enemigo, como un obstruccionista para sus planes, que no eran otros que los planes de los reaccionarios de hacer abortar la contienda que había costado miles de vidas.

Pero el general Zapata de simple revolucionario se convirtió en caudillo. Las vidas perdidas, el rojo licor de su gente regado en tierras morelenses no había de ser estéril y con más fe, con mayor entusiasmo continuó la contienda, como si por un hombre que caía de cara al sol surgieran 10 y así multiplicándose, sin admitir ni dar cuartel, el estado de Morelos se convirtió en el punto preferido por la soldadesca a sueldo que no llevaba más misión sino la de asesinar, saquear y sembrar la desolación y la ruina de un estado antes feraz.

Todavía, en las noches de plenilunio han de cruzar como espectrales fantasmas por los campos de Morelos, las sombras de aquellos temibles incendiarios Juvencio Robles y Jesús Guajardo; para congraciarse con los usurpadores, no omitían el crimen para pretender aniquilar al Caudillo, quien seguía impertérrito con sus huestes, buscando en la lucha la realización de los ideales que si él no los palpaba, en cambio beneficiaran a los pueblos humildes de donde él había salido.

El sesudo escritor Enrique González Aparicio, con motivo de la inauguración del Ingenio de Zacatepec, en Morelos, refiriéndose a la obra trascendental del general Emiliano Zapata, dice:

José María Morelos y Emiliano Zapata representan dos épocas, pero son el símbolo de una misma condición social. De similar origen, traduciendo iguales anhelos populares, realizándose en el mismo panorama, uno y otro reflejan, a un siglo de distancia, las condiciones económicas que, en el curso de ese tiempo, apenas habían sufrido modificaciones formales. En las proclamas de Morelos amenazando a los latifundistas españoles y en los manifiestos de Zapata, afirmando el derecho



a la tierra de los que la trabajan, suena un mismo acento y se escucha un mismo clamor secular.

El Generalísimo Morelos educado en las aulas, tuvo la visión del campesinaje al iniciar el famoso Congreso de Chilpancingo, de donde surgirían las leyes que acabasen de un tajo con la tiranía y la esclavitud. Emiliano Zapata, sin el talento de Morelos, pero con la experiencia que había recogido viendo los sacrificios de los suyos, lanzó su famoso Plan de Ayala que fue la bandera de redención donde habían de agruparse todos aquellos huérfanos de tranquilidad y de riquezas. Es cierto que con el general Zapata colaboraban algunos profesionistas; pero éstos no hacían sino secundar las ideas del Caudillo, dándoles forma para que como regueros de luz se esparciesen por todo el país.

En uno de los muchos manifiestos que lanzó el general Zapata exponiendo los motivos de la promulgación del famoso Plan, decía:

La causa por la que luchamos, los principios e ideales que defendemos, son ya bien conocidos de nuestros compatriotas, puesto que en su mayoría se han agrupado, en torno de esta bandera de redención, de ese lábaro santo del Derecho, bautizado con el sencillo nombre de Plan de Ayala. Allí están contenidas las más justas aspiraciones del pueblo, planteadas las más imperiosas necesidades sociales y propuestas las más importantes reformas económicas y políticas, sin cuya implantación el país rodaría inevitablemente al abismo, hundiéndose en el caos de la miseria, de la ignorancia y de la esclavitud.

Resalta visiblemente en el texto del párrafo que inserto, cómo el general Zapata, además de su apostolado por el hombre del campo, se preocupaba por el obrero de la ciu-



dad, sector que más tarde ha estado obteniendo todas sus prerrogativas, tal vez con más prodigalidad que los campesinos. No solamente para los suyos luchaba el general Zapata, sino también para los obreros.

Por desgracia, el Caudillo no vio coronada su obra, como tampoco la vio el gran Morelos, ni ninguno que se echa auestas la labor de morir por los demás; pero si resucitase, qué orgullo, qué inmensa satisfacción dibujaría en su rostro, al ver que su muerte no fue estéril; que los campos de Morelos donde surgió la doctrina y los demás de la República, ya están siendo de sus hermanos y que en el horizonte de la patria fulgen con resplandores de incendio, sus sagradas palabras: ¡Tierra y Libertad!



Emiliano Zapata

Diputado Miguel Hidalgo Salazar



Zapata, figura inconmensurable de los tiempos modernos. El Cristo de las Américas cuya doctrina sublime inundó los viejos continentes, llenando de dulces esperanzas el corazón de la humanidad. Zapata, símbolo de amor, emblema de justicia, lábaro de fraternidad. El hombre —Idea que, como antorcha luminosa, surgió de los insondables abismos de la oscuridad, de la miseria y de la ignorancia, iluminando desde la humilde cuna de Anenecuilco— el Belém del Nuevo Mundo las conciencias dormidas de los desheredados, de los ilotas y de los parias.

Zapata, misionero de un Evangelio nuevo; Zapata apóstol del eterno ideal; su vida entera y su muerte de sacrificio, fueron puestas al servicio de la más bendita de las causas: la redención del indio americano, como Hidalgo, como Morelos, como Bolívar, como Martí. Zapata, Caudillo de libertos, de manumisos que conocieron la libertad al conjuro de su verbo fulgurante y de su flamígera espada. Misionero, apóstol y caudillo. Emiliano Zapata, como el sublime Rabino de Judea, abrazó con amor y entusiasmo la causa de la justicia para salvar a su pueblo que estaba sojuzgado y envilecido por el César y sus Prétores, que habían puesto su inmenso poderío bajo la pezuña inmunda del Becerro de Oro.

El pueblo mexicano se debatía en su angustia, en su dolor y en su miseria, sin amparo y sin abrigo. Los señores feudales, los terratenientes y latifundistas, sucesores de los encomenderos coloniales, adueñándose habían de toda fuente de riqueza. Pueblos enteros fueron despojados de sus tierras,

de sus montes y de sus aguas y aún, algunos, fueron borrados de la geografía por la insaciable codicia y la feroz rapiña del “señor amo”. El hogar campesino era el aposento de las más negras desventuras, en donde se iban transmitiendo de generación en generación, al par que las deudas al patrón, un sentimiento de muda protesta, de sordo rencor y de vaga esperanza en un día mejor. La mujer campesina no podía ser más infeliz, pues llevaba el mayor peso del infortunio, ya que cuando en el seno de la familia se revelaba un ser con dignidad que osara manifestarse inconforme con la reinante situación, desde luego era segregado de los suyos y... allá va el hermano, el padre, el esposo, el hijo, el novio o el amante, escoltados por “la comisión”, consignados “al chaco”, a las filas de aquel ejército corrompido, sostén que fuera de la odiosa dictadura porfiriana o bien, remitidos al inclemente Valle Nacional o a las quemantes tierras de Quintana Roo, de donde nunca más volvían, quedando sus familias sumidas en profunda desesperación.

Conmover y trágico era el cuadro que presentaba el campesinado mexicano a principios de la presente centuria. Era preciso que de su seno mismo surgiera su libertador. Al finalizar la primera década se acentuó el descontento popular debido a la enésima reelección del Dictador. Los grupos políticos de oposición de entonces decidieron asestar un golpe decisivo al partido oficial o “científico” y presentaron al efecto, la candidatura de don Francisco I. Madero, con sólidas raigambres en las clases populares.

Esta era la oportunidad que necesitaba el caudillo en ciernes para exponer a la paz del mundo sus ansias de luchar por la libertad del pueblo. Mientras el señor Madero y su partido solamente perseguían la finalidad política de sustituir a los hombres del poder sin parar mientes en los problemas de índole social, Zapata acariciaba el sueño de realizar la independencia económica de las masas campesinas,



mediante la repartición de tierras, montes y aguas y su liberación espiritual por medio de la escuela.

Y fue en pos de tan sublime ideal como el país y el mundo vieron al campesino-guion, cual un centauro infatigable, cruzar todos los ámbitos surianos, jinete en brioso corcel y seguido fielmente de sus huestes aguerridas, en fiera lucha contra todo gobierno que se mostró incapaz de satisfacer las necesidades populares. Tenaz, firme, incorruptible, valiente y temerario, lleno de fe en el triunfo de su causa; noble y generoso, rectilíneo en su conducta, esclavo del honor, caballero sin miedo y sin tacha como Ballardo, puso su corazón y su talento, con su brazo indomable, en defensa de la gleba humillada y sufrida. Tentadoras promesas, dádivas y halagos, amenazas terribles fueron insuficientes para hacerlo flaquear. Ofensivas tremendas y furiosas fueron desencadenadas contra el Titán del Sur; miles y miles de mercenarios mordieron el polvo y encontraron su tumba en el afán absurdo de detener la marcha del ideal popular. Zapata era invencible, no precisamente por algún poderío militar sino por la justicia que encerraba su causa. Ridículos quedaban en su fracaso inevitable los pequeños napoleones que intentaban abatirlo. Era pues necesario renunciar al honor para poder vencerlo; había que apelar a la traición y el traidor apareció con charreteras de general y negros espejuelos para ocultar torvas miradas de Judas Iscariote. Pablo González se llamó el perverso, el felón, el malvado que empezó a tejer los hilos de la traición nefanda desde su cubículo asqueroso de hiena sanguinaria, que pomposamente llamaba su cuartel general. Jesús Guajardo su brazo ejecutor. Y el Cristo de las Américas apuró el cáliz del sacrificio en su Gólgota de Chinameca.

¡Execración eterna, maldición por siempre para Pablo González, para Jesús Guajardo, para los que mandaron y dispararon los rifles magnicidas que troncaron la vida de nuestro libertador!



No podemos seguir al egregio caudillo en toda su radiante trayectoria. Plumas consagradas han de ser las que se encarguen de referir las épicas jornadas del Héroe Epónimo Suriano. Bástenos dedicarle como soldados que fuimos del glorioso Ejército Libertador del Sur, el cordial homenaje de nuestro cariñoso recuerdo, de nuestra imperecedera gratitud por la enseñanza que supo darnos de desinterés, y patriotismo, y de nuestra inquebrantable lealtad a los principios del Plan de Ayala, mandamiento magno por cuya fiel realización pugnaremos siempre los que a honor tenemos haber sido zapatistas.

Zapata venerado: puedes dormir en paz. Tu obra no está trunca, la ha tomado en sus manos un nuevo paladín que la está prosiguiendo con tu misma bondad. Lázaro Cárdenas lleva, con singular tesón, en sus robustas manos la tarea luminosa de tu grande ideal para que sea verdad tu sentencia de oro: “La tierra para el que la trabaja, sin capataces ni amos y en plena libertad”.



El apóstol de nuestras libertades

Hermilo González



Volvamos nuestro recuerdo un momento, a aquellas épocas en que reinaba por todas partes del país, ese ambiente triste y doloroso, que para los pueblos en general, crearon, con el apoyo de Porfirio Díaz, un puño de potentados a quienes se rendía todo respeto y reverencia, y ante quienes tenía que verse humillado un pueblo que con todo su esfuerzo y abnegación, había apenas unos cuantos años, conquistado su independencia.

Volvamos ahora en la imaginación, nuestros ojos, hacia aquella especie de fortalezas instaladas en todas las haciendas con el nombre de “cascos”, desde donde se explotaba con toda infamia, el brazo y energía de los hombres traicionados completamente por aquél a quien habían encomendado los destinos de su patria; de esa patria, creada con la sangre de Hidalgo, Morelos, Guerrero y otros tantos a quienes debemos profundo respeto.

Pues bien, casi todos sabemos, que la región más castigada por esos latifundios a semejanza de feudos, era la del sur de nuestra República, pero especialmente la que comprende el estado de Morelos. En esta tierra sufrida, acontecieron siempre ante el estupor de los pueblos, un sinnúmero de horribles episodios, ya que costumbre era de los señores terratenientes, despojar al pobre desheredado, lo mismo de su tierra como de su familia. Y a decir verdad, no sé qué calificativo reciban aquellos barbarismos que se cometían contra el que se atreviera a reclamar sus derechos, y qué difícil tarea sería descifrar en estas líneas.

Entre los pueblos que hubieron de soportar por largos años el vandalismo de los señores súper-hacendados, a quienes solíase nombrar con el hoy bochornoso epíteto de “el amo”, se considera al de Anenecuilco (aunque bien sabemos que en su totalidad todos los pueblos de la República fueron castigados con la vara de un mismo destino), este pueblo, así como los que lo rodean, sufrieron continuamente el despojo de tierras hasta alcanzar el grado en que sus habitantes no fueran dueños ni del suelo donde con sacrificios habían construido sus hogares, pues repentinamente ese lugar se hallaba entre los linderos que el señor “amo” había ampliado.

Ante el estado penoso de esta situación, comisiones de ese pueblo y de los circunvecinos, pretendían, con el esfuerzo y sacrificio de sus pocos ahorros reunidos a costa de rudo trabajo, elevar sus protestas ante el Primer Mandatario, sin encontrar remedio o consuelo en sus necesidades, ya que ni siquiera el eco de sus palabras era escuchado por alguna de las autoridades de entonces.

Así pasó mucho tiempo, sin obtener otro resultado que perder toda esperanza de justicia y los pocos recursos con que el pueblo contaba, pues entre todos se reunía el dinero necesario para los gastos “del licenciado encargado de hacer las gestiones respectivas del caso”.

Empero la situación no podía seguir en ese estado desastroso, el pueblo se encontraba indignado y cansado, y deseaba ante todo la reivindicación de sus libertades.

No huyó entonces el ánimo de un hombre que desde niño había grabado en su pensamiento, que “cuando fuera grande”, él haría que las tierras le fueran restituidas a sus verdaderos dueños; ese hombre llamado Emiliano Zapata, nativo de Anenecuilco, justo, honrado y trabajador, levantó el entusiasmo de los suyos, y tomando posesión de la tierra



que les había sido arrebatada, los insinuó a defenderla con el fusil en la mano.

Ante esta acción de Zapata, pronto se prestó la autoridad morelense, a rechazar el anhelo del pueblo con lujo de fuerza y castigo; viéndose Zapata y los que lo seguían, en la necesidad de internarse en el monte para su defensa.

Ya calmados un poco los ánimos, se les ofreció libertad y consideraciones, por lo que Zapata regresó a su pueblo en donde fue aprehendido e internado a un cuartel como soldado de línea.

Mediante un buen comportamiento, y pagando una suma de dinero, Zapata obtuvo su libertad antes de cumplir la pena designada para su castigo. Pero doblemente entusiasmado por luchar hasta obtener las libertades de todas las clases trabajadoras, no desaprovechó la brillantísima oportunidad que el grito de la Revolución lanzado por el insigne Francisco I. Madero le brindaba para lanzar él el suyo, y reclamar ante los gobiernos opresores: ¡Tierra y Libertad!

Desgraciadamente la Revolución triunfante, viose burlada por su propio caudillo. Madero hecho presidente de la República, se entregaba en brazos de sus propios enemigos, haciendo caso omiso de los compromisos que con el pueblo tenía contraídos; sin dejar de sufrir las consecuencias de su traición ya que al poco tiempo fue asesinado por los esbirros de Victoriano Huerta.

Sólo que el pueblo, con los laureles de un triunfo, se mantuvo alerta, y a la voz de Zapata, la Revolución siguió abriéndose paso, hasta encontrar el triunfo definitivo.

Emiliano Zapata, Jefe de la Gran Revolución del Sur, abanderado con su muy noble y justo Plan de Ayala (gigante entre las aspiraciones del pueblo) siguió con toda tenacidad y encono, durante nueve años en la dura lucha que había de vencer a la opresión de las masas proletarias.



Al fin, cayó Zapata, inmolado en aras de sus más elocuentes inspiraciones, sacrificada su vida, por medio del más vil y cobarde asesinato, en San Juan Chinameca, el 10 de abril de 1919, llevado a cabo por las artimañas feroces de dos desarraigados tigres carrancistas: Pablo González y Jesús M. Guajardo.

No obstante su ideal triunfó poco después, guiado por el ilustre general de división don Gildardo Magaña, actual gobernador del estado de Michoacán, quien fue elegido por todos los “calzonudos zapatistas” para suceder al Gran Caudillo del Agrarismo en México, general Emiliano Zapata.

¡No pudo haber sido más acertada la elección!

En resumen:

A la Revolución y bandera del gran Emiliano Zapata, se debe la libertad que actualmente tienen conquistada todas las clases trabajadoras.

Debemos, pues, camaradas obreros y campesinos, glorificarnos en este día la memoria inolvidable del Gran Libertador.

Debemos, pues, compañeros de la juventud moderna, ofrecer en este día al inmortal Apóstol de nuestras libertades, la lámpara votiva de nuestros corazones.



Unidad que se está realizando

Rafael Sánchez Escobar



Es preciso haber comido con los de abajo para comprender sus anhelos y sus sufrimientos. El que sabe de las penas que soportan y de la esperanza que los alienta, cuando llega a presentársele la oportunidad, es el primero en pugnar porque cesen las primeras, trocando en bella realidad las segundas.

Si la vida del obrero es penosa en las ciudades, por las privaciones que tiene que soportar dado lo mísero de los jornales y su numerosa familia, sin duda alguna que es peor la del campesino por no tener distracciones de ningún género: del mísero jacal a sus sembradíos se reduce. Soporta el sol y la lluvia pacientemente; y a medida que sus fuerzas se agotan, ve que la cuenta con el amo ha crecido notablemente, en vez de disminuir. ¡Es la herencia única que dejará a sus hijos... a sus nietos! ¿De qué le sirvió trabajar de sol a sol? ¿Para qué tantos sacrificios y privaciones, si a la postre los suyos tendrían que hacer el pago hasta de los dos metros de terreno en donde descansara su cuerpo?

Morelos, el gran Morelos, ese genio guerrero de talla gigantesca, fue el primero que se compenetró de las necesidades de los labriegos, y casi un siglo transcurrió cuando otro mexicano, surgido de la gleba, asimilado con ella en todos sentidos, enarboló el pendón de "Tierra y Justicia" en las montañas surianas, luchando sin descanso, sin desmayar un instante, para que los postulados contenidos en el Plan de Ayala, se convirtiesen en algo efectivo, en algo que fuese

provechoso a sus hermanos de raza y de trabajos. Este moderno redentor de los oprimidos fue Emiliano Zapata.

Era de los de abajo, de los explotados, y sabía de amargos sinsabores y de dulces promesas que jamás se cumplían. Por eso, inquebrantable, cerrando sus oídos a ofertas tentadoras en provecho propio, sufriendo los más negros oprobios, pero tenaz e imparable, continuó en la lucha, llevando interior y exteriormente un lema grandemente hermoso: la tierra es para quien la trabaja.

Nadie ni nada lo hizo cejar en su empresa. Su anhelo era ver convertido en ley su Plan agrarista, para beneficiar a las clases explotadas desde los tiempos coloniales y tratadas en aquellos días que se alejan, peor que bestias de carga, a las cuales siquiera se les guardan ciertas consideraciones.

Los gobiernos que se sucedieron después del derrocamiento de la dictadura porfirista, desarrollaron toda clase de esfuerzos para aniquilar a Emiliano Zapata, por la buena o por la mala; pero no sabían que él, como verdadero Apóstol, contaba con el cariño de quienes lo seguían, de quienes comprendían la enormidad de sus deseos, benéficos para las masas campesinas.

Hacer en unos cuantos renglones la apología del Plan de Ayala y de su vigoroso sostenedor, es imposible por la enormidad que encierran el uno y el otro. Hay hechos y figuras que necesitan análisis extensos para que se comprenda su grandeza, se aquilaten sus merecimientos y se les rinda pleitesía, cuando para esto tienen justísimo derecho. Ese postulado y ese hombre se encuentran en este caso.

Los enemigos de los oprimidos, como los bandidos de encrucijada, se valieron de la más negra felonía para segar la vida de ese idealista; sin contar con que ya la simiente había fructificado y la extinción de los bellos postulados que él defendía, no era obra de un hombre, sino de todo un pueblo, por lo cual era imposible su desaparición.



Hoy, afortunadamente, Emiliano Zapata puede dormir en realidades; su memoria es reverenciada; la tierra se distribuye equitativamente entre quienes la riegan con el sudor de sus frentes; y no dilatará mucho sin que no veamos, coronando uno de los altos picachos del Ajusco, un enorme monumento levantado por los agraristas de toda nuestra patria, a su más alto exponente, a su verdadero Apóstol y Mártir, para honrarlo en la forma que se merece.



Emiliano Zapata es un símbolo

Porfirio Palacios



El 10 de abril próximo hace justamente 10 años que cayó acribillado por las balas asesinas aquel gran visionario, que llevara en vida el nombre de Emiliano Zapata; pero a la vez que fue derribado para no levantarse más, fue nimbado de gloria, para figurar en las páginas que forman nuestra historia, como un mártir que ofrendó su vida por el bienestar del pueblo mexicano.

Año tras año, en dicha fecha, pasamos lista de presente ante la tumba del Caudillo, ya sea personalmente o por medio de representaciones, todos aquellos que militamos a sus órdenes y los que se sienten redimidos por su sangre, así como los que han reconocido la justicia que le asistió para mantenerse en actitud rebelde hasta el último instante de su vida. Y no asistimos simplemente como una manifestación de duelo, sino para hacer patente ante la nación entera nuestra más enérgica protesta por el nefando crimen que llevó a cabo el cobarde y vil Jesús Guajardo, dirigido por el tristemente célebre Pablo González.

Y cómo no habían de acabar con la vida del general Zapata los enemigos del proletariado nacional y en particular los explotadores del campesino del país, si se dieron cuenta de que propugnaba por la verdadera liberación de nuestro pueblo, por la que tanto luchó el generalísimo don José María Morelos y Pavón.

Y cómo no habían de recurrir esos mismos enemigos a la calumnia, a la intriga y aun al asesinato de Zapata, si éste

era el único que peleaba por un ideal: por la reivindicación del campesino mexicano.

Claro está que los latifundistas de Morelos tuvieron que hacerle al general Zapata una campaña de calumnia, de insidia, de exterminio, porque vieron que el movimiento encabezado por él, cuya bandera fue el glorioso Plan de Ayala, era eminentemente social, y no un movimiento político, como lo reconocieron en aquella época los mismos elementos al servicio de la reacción, tales como los licenciados José Ma. Lozano y Francisco M. de Olaguíbel, según se desprende de los conceptos vertidos en sus discursos pronunciados en la Cámara de Diputados, en la sesión del día 25 de octubre del año de 1911.

Han transcurrido 19 años de la fecha en que se consumó el crimen más abominable de nuestra Revolución a esta parte, y no olvidamos ni olvidaremos nunca que a la nobleza de corazón del general Zapata, Guajardo correspondió con la ruindad, con la bajeza, con la pérfida traición de todo hombre vil y miserable.

Por fortuna y para satisfacción de los revolucionarios zapatistas, vemos que día tras día se va haciendo justicia a la causa noble, causa de amor y redención que defendiera con denuedo y fe inquebrantable el Apóstol del Agrarismo Nacional. Su grandiosa obra de libertad y patriotismo, incomprendida por los retardatarios, está siendo realizada por aquel hombre que, en una comunión de ideas con los surianos, se ha identificado como un genuino revolucionario, por el general Lázaro Cárdenas, actual presidente de la República.

La obra del Mártir de Chinameca ya no es juzgada y comentada sólo en el país, sino mundialmente discutida y reconocida por los sectores revolucionarios como la obra de verdadera reivindicación del proletariado del campo. Por lo mismo, el nombre de Zapata es también mundialmente



conocido como el reivindicador, como el libertador del indio esclavizado... En suma, Emiliano Zapata es un símbolo, símbolo de redención del campesino.



Cómo vivían los “Bandidos zapatistas”¹

Profesor Carlos Pérez Guerrero



¹ No hemos podido localizar el volumen de Carlos Pérez Guerrero, *Emiliano Zapata y la Escuela del Pueblo*, de donde supuestamente fue tomado este artículo.

En los días que corren, ser revolucionario es una obligación. En las notas oficiales, en la prensa, en la tribuna, en el libro, hasta en las conversaciones familiares se habla de la Revolución, de sus ideales y de su ética. Los empleados públicos naturalmente se llaman revolucionarios, la juventud es revolucionaria y la ancianidad, no queriendo ser menos, también se denomina así.

Pero en los días en que se luchaba con las armas en la mano, ser revolucionario era una afrenta y entonces a los luchadores se nos aplicaba un cariñosísimo epíteto *¡Bandidos!*

Nosotros felicitamos a los revolucionarios de hoy, porque no pasaron por la etapa de bandidos, sino que de un solo brinco llegaron a la meta y llegaron limpios, albos, imaculados. Hace muy pocos años, quienes nos agrupábamos al lado de un hombre que levantaba un pendón, éramos los secuaces del bandido, bandidos también y todos dignos de la horca, tipos lombrosianos, abortos del infierno, trastornadores del orden, enemigos de la legalidad y del progreso, deshonor de la patria desdoro de la humanidad. El grupo que formábamos recibía los nombres de chusmas vandálicas, hordas desenfrenadas. Felicitamos a los revolucionarios de hoy porque no proceden de esas chusmas, de esas hordas...

Ningún trabajo cuesta hoy ser revolucionario; basta con quererlo y se es, no importa que se tengan ideas diametralmente opuestas a los anhelos de la Revolución; no importa que los actos hayan sido y sigan siendo contrarios a los

principios revolucionarios; y, naturalmente, importa mucho menos el no entender los postulados y el no sentir cariño por ellos.

¿Cariño?, ¿y para qué?; ¿no basta con la honra que recibe la Revolución al aumentar sus filas? No; las filas de la Revolución ya no pueden aumentar, por el contrario, están disminuyendo. Los vividores, los convenencieros, los revolucionarios de paga, están desplazando a los verdaderos revolucionarios, los eliminan día a día, los desalojan donde quiera que los encuentran y con ellos se está formando una corriente que no es revolucionaria, sino bien distinta de lo que como tal debería perdurar. Es cierto que muchos convencidos tímidos están llegando aún, que muchos hombres sinceros se están identificando, que muchos enemigos de ayer han reconocido la justicia en contra de la cual combatieron; pero también es verdad que los falsos revolucionarios son mayores en número, ilimitados por su ambición y tal vez no tardarán en desalojar a los hombres sinceros, a los convencidos tímidos, a los enemigos de ayer, porque les estorban como les han estorbado los verdaderos revolucionarios...

A fin de sostener a quienes formaban la planta del cuartel general, se invitó a los ayuntamientos de los estados limítrofes al de Morelos, para que entre los pueblos de su jurisdicción y en la medida de sus posibilidades, reunieran algunos víveres. Se formó una lista de municipios y se fijó una semana determinada para que en ella se hiciera la recolección correspondiente, y así por ejemplo, tocó una semana a Mitepec, la siguiente a Jolalpan, otra a Cohetzala, más tarde a Buenavista de Cuéllar, después a Iguala, etcétera, de modo que corresponde el mismo servicio después de mucho tiempo a la misma municipalidad. Cuando las condiciones económicas de Morelos fueron mejorando, también se incluyeron en este servicio a sus municipalidades.



Para recoger los víveres y trasladarlos a Tlaltizapán, se formó otra lista en la que todos los miembros del cuartel general estábamos incluidos y la obligación consistía, además de recibirlos y transportarlos, en hacer entrega de ellos a un proveedor que luego se encargaba de repartirlos entre todos nosotros, en partes absolutamente iguales, sin distinción de categorías.

Los víveres que se reunían eran maíz, frijol, arroz y trigo, según las regiones, pues no en todas se producen estos últimos cereales, y aun cuando hubo municipalidades que agregaron a sus donativos alguna cabeza de ganado éste era una excepción y constituía un acontecimiento verdadero en el cuartel general.

Con la parte que a cada uno le correspondía, se hacían trueques para proveernos de algunas otras cosas necesarias; pero no siempre esto era posible. Podrá creerse que los elementos recolectados semanalmente bastaban y sobraban, pues tratándose de los empleados del cuartel general, es de suponerse que los pueblos fueran largos en sus dádivas. En relación con sus posibilidades sí lo fueron, y por ellos todos estuvimos agradecidos siempre.

Acabábamos de llegar de Tlaltizapán e íbamos a pasar allí el primer domingo, día en que se suspendían las labores de oficina y los empleados se dedicaban por la mañana, al aseo personal de sus ropas, pues a ninguno le era posible pagar por este servicio; no todos tenían allí a sus familias.

Habíamos ido al “Molino” en compañía de la autora de nuestros días, para saludar a la familia del extinto general Paniagua, que a la sazón ocupaba una de las habitaciones de la casa. Nuestro buen amigo el señor ingeniero don Conrado Díaz Soto y Gama, estaba esperando a que el señor coronel Lecona desocupara el lavadero, para lavar a mano las prendas de ropa que había usado durante la semana, y que eran una camisa de manta, unos calzoncillos de la misma tela,



un par de calcetines y dos pañuelos. Al vernos llegar, salió a nuestro encuentro y con esa amabilidad de gente bien nacida que tiene, estuvo conversando algunos momentos y nos refirió que tenía frente a sí el problema del lavado de su ropa, problema que consistía no precisamente en la forma de llevar a cabo la operación, sino en la falta absoluta de jabón. La autora de nuestros días le refirió cómo era el estado de Guerrero durante la época de miseria por la que había atrevesado, se utilizó para el lavado de la ropa la corteza de un fruto que con el agua produce abundante espuma, el barro que los indígenas llaman *tlalshapo* y la lejía de ceniza.

Sin esperar muchos detalles y considerando que tal vez había recibido el más práctico de los consejos de su vida, se despidió de nosotros y fue a recoger ceniza que puso dentro de un bote viejo y a la que agregó un poco de agua, haciendo así una pasta con la que embadurnó las ropas que trataba de lavar. Como en la operación de frotar las ropas sobre el lavadero se lastimara las manos con los pequeños trozos de carbón que tenía la ceniza, tomó una botella, y apretando como si fuera moedor, logró deshacer los pedazos de carbón; pero dejó en cambio sobre las ropas unas manchas negras, siendo evidente que por mucha agua que usara después, aquellas manchas no desaparecieron.

Cuando salimos de la habitación de la familia Paniagua, el señor ingeniero había terminado el lavado de su ropa; mas difícil decir cuándo había estado menos mal, si antes del lavado o después de él. Celebrábamos todos la ocurrencia y entre el grupo se encontraba uno de los hermanos López, orgullósísimo porque pendían del tendedero sus albeantes prendas acabadas de lavar con jabón, cuando un caballo que andaba suelto por el patio y que tenía una enorme matadura en el lomo, se le ocurrió pasar precisamente debajo de las ropas del señor López, dejándolas en condiciones que es fácil imaginarse. La hilaridad que éste produjo, contrastes



con el furibundo enojo del perjudicado, y lamentaba haber empleado todo el jabón que poseía, y verse obligado a usar el procedimiento Díaz Soto para volver a lavar lo que el caballo había ensuciado.

El mes de septiembre llegó. Las autoridades quisieron celebrar la proclamación de la Independencia y organizaron algunos actos cívicos, uno de los cuales se llevó a cabo en la mañana del 16 en la plaza pública. Tomaron parte en el programa las dos escuelas a cargo de la señora Felicitas Gutiérrez, la de niñas, y del señor Francisco Chávez, la de niños. Hicieron uso de la palabra los señores Carlos Reyes Avilés y Francisco Chávez, ya citado, a quien llamaban cariñosamente “el licenciado Chavitos” por su manera de argumentar.

La ceremonia estuvo concurridísima, pues casi todos los vecinos de Tlaltizapán asistieron; también asistimos, como no podíamos dejar de hacerlo los miembros del cuartel general. Entre los concurrentes había sus invitados de honor, siendo uno de ellos el señor general don Francisco Mendoza, viejo luchador, firmante del Plan de Ayala, y a quien todos estimábamos y estimamos. El general Mendoza estuvo circunspecto durante toda la ceremonia, pero al terminar ésta, puso cara de pascuas, quiso corresponder a la atención que se había tenido al invitarlo de modo especial, y a su vez invitó a los miembros del cuartel general para que en su compañía tomásemos una copita de mezcal, del que su asistente traía hasta dos botellas.

Era “la copa oficial” que nadie en Tlaltizapán, sino el general Mendoza podía ofrecer.

Debemos hacer aquí un ligero paréntesis. Por ese tiempo, ya las municipalidades de Morelos estaban ayudando al sostenimiento de los empleados del cuartel general, y en esos días precisamente, correspondía su turno a la municipalidad de Tlaltizapán, sólo que por la cercanía de los pueblos y porque los frutos no llegaban a su completa madurez



no se hacía la reconcentración de víveres en la presidencia municipal, ni por ellos iba uno de nosotros, sino que se entregaban directamente al proveedor, quien hacía luego el reparto acostumbrado.

Cerramos el paréntesis y continuamos refiriendo lo que sucedió con el obsequio bondadoso del general Mendoza. Nos habíamos separado del lugar en el que se había desarrollado la ceremonia cívica y fuimos a una de las casas inmediatas para suplicar nos prestaran unas copitas, o cualquier otra cosa que hiciera sus veces; tres o cuatro que fue posible conseguir, estaban alineadas sobre una mesa llenas de licor, por la propia mano del general Mendoza; en esos momentos llegó el señor presidente municipal don Pascual Sánchez, buscando al proveedor del cuartel general para comunicarle que un conductor de dos bestias cargadas con elotes y calabacitas procedentes de Temimilcingo, estaba esperando a quien entregar la carga. Con quien primero se encontró fue con nosotros y habiéndonos dado su gratísima nueva, la transmitimos en alta voz a todo el grupo.

Todos salimos precipitadamente del local, dejando solo a nuestro amable obsequiante y nos dirigimos al cuartel general, donde pudimos ver que efectivamente estaban ya los bultos que habían sido descargados y que como lo había anunciado el señor Sánchez, contenían elotes y calabacitas, que contadas y distribuidas, correspondieran como a tres o cuatro para cada uno de nosotros.

Ya nadie se acordó del general Mendoza ni de su obsequio. Era ya tarde y precisaba vigilar la cocción de la comida de ese día. En la casa del señor Sánchez, en la que como ya dijimos nos alojábamos el ingeniero Díaz y nosotros, se hizo la preparación, no sólo de la parte que a los dos correspondía sino que también la de algunos compañeros que por ser aquel un día de fiesta quisieron acompañarnos al banquete.



Cuando todo estuvo listo, nos sentamos a comer en el patio de la casa, en el que previamente se extendió viruta de la carpintería. Poco antes de hacer el honor a las calabacitas con jugo de limón y a los elotes cocidos, pensábamos en la inconsecuencia que cometimos todos al general Mendoza, pero ya no había manera de repararla, pues el viejo luchador había emprendido el camino de regreso para su campamento de San Miguel Ixtlalco.

Después del banquete, cantábamos en coro la canción de Marciano Silva:

“Soy rebelde del estado de Morelos...”.

Así vivían los bandidos, los latrofaciosos. Ello explica por qué sintieron amor por su causa; porque la defendieron con toda la energía que fueron capaces.

Los revolucionarios de hoy hacían en cambio una vida muy distinta. Hoy como ayer, adoraban al becerro de oro. Ello explica por qué no sienten el ideal revolucionario; por qué eliminan a los bandidos, por qué los desalojan, por qué oponen una montaña de papeles a las justas aspiraciones del pueblo y el laberinto de todos los trámites oficinescos a la resolución de los problemas que planteó la Revolución.



Cartones zapatistas

Coronel Carlos Reyes Avilés



RUTA

Muy joven, aún niño, abrió sus ojos a las realidades miserables de su hogar, de su pueblo, de su época y en un chispazo de ira y de precoz anhelo de reivindicación, Emiliano Zapata vislumbró su futuro y trazóse el camino del deber.

—Padre, cuando yo sea grande, haré que devuelvan nuestras tierras.

ESCLAVITUD

Monotonía del cotidiano asistir a la escuela rural, donde no se logra otro aprendizaje que el de las primeras letras. Horas de encierro dentro de sus cuatro paredes, que sólo tienen recompensa cuando acompaña a su padre en las faenas del campo.

Levantarse con el alba. Uncir la yunta. Ir tras el arado abriendo en paralelas la tierra prometedora.

A veces, sobre los lomos de un potro casi salvaje, correr a través del campo respirando a plenos pulmones.

¡Qué estupendo espectáculo el de los campos llenos de sol y de color! ¡Alegría de la vida! ¡Caricia del esclavo a la libertad!

—Padre, mira qué milpas. ¡Tendremos para comer durante todo el año!

—No, hijo, todo es del amo.

—¿Qué, acaso tú no has trabajado? Entonces si nada te corresponde, vámonos de aquí.

—No podemos porque es mucho lo que debo a la hacienda.

EL CRIMEN DOBLE

Día de fiesta: Homenaje al “Santo Patrón del Pueblo”. Misa solemne. En la “casa grande” comilonas de los “amos”, con que agasajan a sus convidados venidos de la capital. Borrachera que en el rico es “alegría”.

Repiques y músicas. Jaripeos y peleas de gallos. Fuegos de artificio y serenata popular en la plaza adornada con banderas de papel de china. Embriaguez de aguardiente que ahoga dolores y acalla quejas.

Rompiendo el entretenimiento de la gente sencilla, media docena de guardias rurales va por en medio del arroyo conduciendo preso a Juan el jornalero.

—Anoche los “rodales” se llevaron preso a Juan y no amaneció en el pueblo.

—Se lo llevaron consignado, de leva.

—Y anoche mismo el hijo del patrón “se sacó” a la hija de Juan.

DESPOJO

En el caserío hace irrupción una comitiva con escolta de tropas federales.

Alarma y asombro y pánico en el vecindario. Nunca fue motivo de bienandanza la presencia entre los pobres, del jefe político.

¡Y era él! Y el juez de letras, el notario, el patrón de la hacienda y su apoderado y los escribientes hasta el de la vica-



ría. Todos armados, ostentosamente empistolados. ¡Qué mal encarados y qué hoscos!

¡Maldita sea la hora que los traje!

Que hecha la revisión de los linderos de la hacienda, se colegía que todas aquellas tierras eran de su propiedad y había que desalojarlas inmediatamente.

—¡Señor —imploraba una viuda—, este jacal y estas tierras me las dejó mi marido para mantener a mis hijos!

—Esta tierra era de mi abuelo y la heredé de mi padre —arguía muy serio y muy formal un mozo de 20 años—: apenas me da para mantener a mis hermanos y a mi madre.

¡Mas, ni quien los oyera!

Aquella banda de curiales y de soldados incendió los aduares y dejó a la inclemencia de los cuatro vientos cardinales a aquellos paupérrimos pequeños propietarios que hasta allí habían vivido de su honrado trabajo, al margen de la esclavitud del latifundio.

¿A dónde ir?

NEGRERÍA

Aquel mediodía de infierno, Sebastián, el antiguo peón de la hacienda, sentíase desfallecer.

Nunca lo había agobiado tanto el sol quemante. Su cabeza estaba a punto de estallar. Lo atormentaba una sed de incendio y en cambio frío, copioso sudor, semejava diminutos cristales en su rostro.

Calosfrío de muerte zimbraba su cuerpo moreno. Y le faltaban las fuerzas. Estaban laxos sus brazos y sus piernas.

¡No podía más! Desunció la yunta. Abandonó bueyes y arado. Y arrebuñado en su raída cobija tiróse en el suelo, bajo la sombra de un árbol.

Un latigazo bestial maceró sus carnes.

—¡Holgazán!



Despertó sobresaltado y abriendo los ojos vio cerca de él al capataz, el negrero de la hacienda, el ogro victimario de los peones.

Era el mismo que, de tiempo atrás molestaba soezmente, asediaba, amenazaba a su mujer.

—¡Canalla!

Y muchos azotes más sangraron sus espaldas.

La fiebre y el dolor lo doblegaron. Deliraba.

¡Qué ansia infinita de matar!

PRÓDROMOS

El fenómeno de reacción está en gestación.

Nadie anhela más la libertad que el esclavo.

Cada latigazo descargado sobre las carnes de los peones, va germinando la semilla de la rebelión.

Cada humillación, cada insulto, cada vejación crispa los puños que quisieran asir el puñal vengador o el fusil libertario...

Es el caso de Francisco Villa, huyendo de la "Justicia", por haber vengado la honra de su hermana.

El caso de Calixto Contreras que vio fusilar a sus hermanos, los indígenas de Ocuila, por defender sus tierras.

Es el caso de Emiliano Zapata, de todo el pueblo trabajador de Morelos, martirizado en las haciendas, cuando no enviado como soldado de leva a las inclementes zonas de Yucatán, de Quintana Roo, de Sonora...

En la noche lóbrega, la paz de la ranchería es perturbada por el estallido de un balazo, que el eco reproduce cien veces.

Un tropel de caballos que huye...

Y el estertor de un hombre en agonía.

A la mañana siguiente, en la puerta del jacal de Sebastián, estaba muerto el capataz.



¡LIBERTAD!

De norte a sur; de oriente a poniente, los esclavos de todos los campos y de todas las sierras han oído sonar la hora de su liberación.

¡Ya tienen un fusil en la mano!

¡Y una carrillera repleta de cartuchos sobre el pecho!

Los campos se riegan con sangre. Es el precio de la libertad de los pueblos.

La guerra se prolonga un año y otro y otros más. Pero cada año que pasa, el pueblo va afianzando más sus derechos y sus conquistas.

El obrero tiene ya una legislación que lo protege y ampara.

El campesino ha visto realizarse la sentencia de Zapata: la tierra libre para el hombre libre.

Se destruyen los monopolios.

Se abren muchas escuelas.

Las nuevas generaciones empiezan a hurgar en los archivos destrozados de la Revolución. Inquieren para juzgar.

Y van descubriendo que como símbolo de la lucha, sobre las montañas de Morelos se irgue, jinete en su retinto y con la espada libertadora extendida hacia el porvenir, la figura de Zapata que continúa señalando al pueblo el camino de las reivindicaciones sociales.



Zapata, forjador del ideario de la Revolución de México

Licenciado Luis G. Zumaya Jr.



Con sentido de responsabilidad, la juventud revolucionaria de México, que ha aspirado y aspira a que se le tome en cuenta en la resolución de los hondos problemas nacionales, pero nunca con menoscabo de su característica de grupo enmarcado dentro de una ética que se traduce en pureza de ideales y en buena intención, y mucho menos a trueque de sus convicciones, ha estudiado con interés los diferentes ciclos de la Revolución Mexicana, y en especial a los hombres que fueron iniciadores o actores principales del movimiento de transformación política y social del país.

Para aquellos a quienes nos ha tocado vivir la etapa de orientación de la Revolución, y la del desarrollo de un programa, nos ha sido necesario recurrir a todas las fuentes históricas para conocer a Zapata y su bandera en forma veraz y poder así establecer un juicio exacto respecto a la contextura moral del Caudillo y a los propósitos que abrigó al convertirse en paladín de una causa, reivindicadora de derechos violados en perjuicio de la masa proletaria.

Sólo los hombres que acompañaron a Zapata en su lucha, están capacitados para hablar con acierto de ello. A distancia es tarea sobrehumana hacer un análisis de un hombre y de sus sentimientos; pero afortunadamente sobreviven muchos de los que compartieron con él la azarosa vida de conductor de muchedumbres perseguidas y vejadas; y quedaron para conocimiento de las generaciones nuevas, documentos que son testimonios elocuentes; y han sido éstos y aquéllos quienes han podido mostrarnos a Zapata tal

cual era, nos lo han presentado como un convencido de su causa, un desposeído de fortuna y de justicia, que captó los anhelos y las aspiraciones de hombres que como él vivían en condición similar a la de los esclavos; que entendió la Revolución no como un simple cambio de individuos en el poder, sino como la necesidad de una transformación de carácter social; que imprimió al movimiento de 1910 derroteros precisos y que no tuvo un momento de reposo en la defensa de un programa que es hoy Catecismo de la Revolución.

Para esta juventud vigorosa que lucha y se indentifica con el proletariado de su patria, y en la cual milito, porque creo firmemente que tarde o temprano se hará justicia a los hombres honestos y limpios del México revolucionario —a pesar de todos los mistificadores y de todos los farsantes que para vergüenza de la misma Revolución han podido encumbrarse a posiciones de altura que no les corresponden— Emiliano Zapata fue el forjador del Ideario que transformó la estructura social de la nación, y la bandera que hizo ondear en los campos del sur, la cristalización del ideal común de individuos que buscaban y deseaban su propia liberación en todos los órdenes.

Y no obstante que el programa de Zapata y su propio nombre se usan en el México de hoy por los oportunistas de todos los tiempos, a caza de situaciones personales, y con fines políticos, desvirtuando la Reforma Agraria y mistificando una doctrina que ha hecho conciencia en los campesinos mexicanos, mi generación tiene fe y piensa que la verdad va abriéndose paso y que la obra de Zapata y la lucha, y el sacrificio y la sangre de los revolucionarios surianos fructificarán en beneficio del pueblo que soñó con un México mejor.



OFRENDA
A LA MEMORIA DE
EMILIANO ZAPATA

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en mayo de 2019 en la Ciudad de México.

*Zapata no ha muerto, vive en el corazón
de los desheredados, en el pueblo humilde,
en el campesino; su ideal perdura,
sus sueños se realizan...*

General BENIGNO ABÚNDEZ

Esta Ofrenda a Emiliano Zapata es un libro publicado originalmente en 1938 con motivo del XIX aniversario de la muerte del Caudillo del Sur. Es una compilación de textos de propia pluma de un grupo de supervivientes del zapatismo y algunos intelectuales de izquierda, en el que encontramos textos de Gildardo Magaña, José G. Parres, Enrique González Aparicio, Fortino Ayaquica, Rafael Ramos Pedrueza, Luciano Kubli, Baltasar Dromundo, Ángel Barrios, Benigno Abúndez, Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger, Román Badillo, Encarnación Vega Gil, Ramiro Mendoza L. Schwerdtfeger, Carlos Reyes Avilés, Vicente de P. Cano, Justino N. Palomares, Juan Torices Mercado, Reynaldo Lecona, Melchor González, Miguel Hidalgo Salazar, Hermilio González, Rafael Sánchez Escobar, Porfirio Palacios, Carlos Pérez Guerrero y Luis G. Zumaya Jr.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2019
AÑO DEL CAUDILLO DEL SUR
EMILIANO ZAPATA